
Entrada Libre

El gran descarte

Nicholson Baker

Este artículo se publicó originalmente en *The New Yorker*, 4 de abril de 1994. Traducción de Lligany Lomelí.

Una tarde soleada de octubre de 1985, una multitud de bibliotecarios y administradores de bibliotecas se reunió junto al venerable fichero de la Biblioteca de Ciencias de la Salud de la Universidad de Maryland en Baltimore. Llegaba el momento para una pequeña celebración. Cientos de globos rojos y azules se agolpaban suavemente contra el techo de losas acústicas. De cada globo colgaba una cuerda, y al final de cada cuerda, amarrada por su perforación de guía, se columpiaba una ficha que se había tomado al azar del tarjetero de la biblioteca. Al reverso de todas las fichas se había acuñado un mensaje: "ARTEFACTO GENUINO DEL FICHERO DE LA BIBLIOTECA DE CIENCIAS DE LA SALUD, UNIVERSIDAD DE MARYLAND EN BALTIMORE." Un equipo de televisión estaba ahí, junto con algunos dignatarios locales y un reportero del *Sun* de Baltimore. El grupo estaba de pie entre las fichas que se mecían y escuchaba algunos discursos sobre el acontecimiento culminante de ese día para la biblioteca, y sobre las múltiples ventajas decisivas de los catálogos computarizados: acceso a distancia, un flujo más eficiente de información, reducción de costos, vidas salvadas (pues ésta era una institución médica), y el rector Edward N. Brandt, Jr., vestido con una camiseta roja que decía "El Gran Descarte", seleccionó y sacó un cajón del fichero. Con la ayuda de un radiante Cyril Feng, en aquel entonces director de la biblioteca, quitó la varilla de contención del cajón seleccionado y ceremoniosamente dejó que varios cientos de fichas se regaran en un basurero decorado con papel de colores.

Al apagarse los aplausos, los espectadores —había unos 100, entre los que estaban, además de los bibliotecarios, numerosos estudiantes de enfermería invitados para engrosar la multitud— tomaron todos los globos que pudieron y salieron a un prado al otro lado de la calle. Juntos de nuevo, a la cuenta de tres, soltaron sus globos. La carga bibliográfica iluminada por el sol se mecía pintorescamente

a medida que se elevaba. Pronto el viento las atrapó y desaparecieron rumbo al noreste. Algunos días después, una de las fichas fue devuelta a la biblioteca procedente de un lugar ubicado al otro lado de la bahía de Chesapeake por algún residente que pensó, tontamente, que era de valor. Otra ficha flotó hasta Connecticut.

Desde entonces, a medida que las universidades y las bibliotecas públicas han completado la “conversión retrospectiva” de sus catálogos a bases de datos computarizadas —frecuentemente con la ayuda de dinero federal en la Partida II-C, como parte del programa de “Fortalecimiento de Recursos de Bibliotecas para la Investigación”—, cientos de ficheros, miles de millones de fichas individuales —fichas mecanografiadas en máquinas de escribir manuales y en los primeros modelos eléctricos; fichas impresas por la Biblioteca del Congreso, Baker & Taylor, y OCLC; fichas cuyos encabezados temáticos fueron eliminados con borradores eléctricos especiales, que semejan soldadores, y remecanografiados en rojo; fichas revisadas en múltiples ocasiones, copiadas en los primeros modelos de copadoras Xerox, corregidas con lápiz, codificadas con colores, forradas en plástico; fichas escritas a mano a principios de siglo; fichas re-archivadas por generaciones de empleados, sus bordes suavizados por innumerables usuarios que indagaban— se han destruido parcial o completamente, muchas de ellas en los últimos años.

El principal fichero temático de la Universidad de California en Berkeley se tiró en el verano de 1993 con el fin de hacer espacio para ocho mesas de lectura. El fichero principal de Bryn Mawr desapareció. El fichero principal de la Universidad de Hawaii está por irse. En 1989, una firma de reciclamiento llamada Earthworm, Inc., acarreó el grueso de las fichas del MIT —hoy, éstas se mezclan ininteligibles como cajas de zapatos o cereales, o constituyen cierto tipo de aislante eléctrico conocido como “papel crepé”. Las fichas de las colecciones de matemáticas, africana, ingeniería y ciencias físicas de la Biblioteca John M. Olin de la Universidad de Cornell desaparecieron, junto con las otras que le siguen. Los ficheros temáticos de las universidades de Dartmouth, Kent State y Boston desaparecieron. Las fichas de Harvard están por desaparecer. Las fichas correspondientes a literatura clásica y filosofía se sacaron del fichero principal de la Universidad de Chicago; hoy se están desechando algunas sobre literatura estadounidense.

Entre 1977 y 1980, la Biblioteca Pública de Nueva York, a la cabeza del juego, renovó el catálogo completo de 10 millones de fichas de sus bibliotecas de investigación, lo microfilmó y lo tiró. Stanford discute cuándo y cómo reciclar sus catálogos. Las fichas de la Biblioteca del Estado de Nueva York en Albany (de donde fue bibliotecario Melvil Dewey de 1889 a 1906), que databan de 1911 a 1975, el mes pasado se las tiró como consecuencia de un proyecto de conservación histórica que comprendía al edificio donde se guardaban. El fichero de la Biblioteca Hawthorne-Longfellow del Bowdoin College ha desaparecido en un noventa y cinco por ciento. Las fichas de la biblioteca principal de la Universidad de California en Los Ángeles han desaparecido casi todas. Mi propio colegio, Haverford, guardó en el ático su catálogo de fichas después de terminar su conversión retrospectiva en 1991. Pero cuando hablé con el director de la bi-

bliblioteca en agosto de 1993, el fichero —que incluía muchos miles de fichas escritas a mano— se estaba tirando, y los estantes estaban en la planta donde se desmantelaban y echaban a la basura.

Uno de los aspectos más estrambóticos de este paroxismo nacional de miopía y antintelectualismo —“Del rango del incendio de la biblioteca de Alejandría”, me dijo Helen Rand Parish, una historiadora especializada en el siglo XVI— es que no es el resultado de fuerzas malignas ajenas a la biblioteca. No podemos culpar a saqueadores sarracenos, B-52s, anarquistas o ladrones; ni podemos culpar a políticos propagandistas que intentan revisar el pasado, a consignas moralistas de libros o a fórmulas de papel sobreacidificadas. En lugar de eso, los villanos son inteligentes y bien intencionados administradores de bibliotecas, segurísimos de que hacen estrictamente lo que les conviene a sus instituciones.

Y por increíble que parezca, nadie hace ruido sobre lo que los administradores se traen entre manos. A nadie le apura. Por el contrario, hay globos y estudiantes de enfermería; hay fotografías festivas en revistas gremiales y boletines industriales de sonrientes jefes de departamento con delantales mientras tiran charolas de fichas en botes de basura rodantes. En el Cosumnes River College, en California, el fichero salió ceremoniosamente de su miseria gracias a un oficial que le apuntó una pistola y le “disparó”. “Sólo estaremos bien contentos de tirar las fichas cuando terminemos”, me dijo Judith Brugger, bibliotecaria administradora de Catálogos y Autoridades. Como una publicidad más que se blandió durante la celebración del Gran Descarte, la Biblioteca de Ciencias de la Salud de Maryland publicó un librito conmemorativo titulado *101 usos para una ficha de un catálogo muerto*. Algunos de los usos sugeridos: recogedor de migajas del mantel, azulejos de transbordador espacial, composta para el jardín, desescamador de pescado, para desperdicios de gato, blancos de torneo y mojoneras en serie para exploradores de cuevas. El uso número 100 era “Haz una hoguera con ellas para celebrar el fin del fichero.”

¿Realmente se justifica este júbilo? ¿Es correcto? Llamé a Dale Flecker, director adjunto de Planificación y Sistemas de la Biblioteca de la Universidad de Harvard, y le pregunté si sentía algún remordimiento por el tiradero de ficheros. “En su época fueron una idea maravillosa. Su época fue hace como un siglo, y hoy llega a su fin.” Actualmente, el señor Flecker dirige el proyecto de conversión retrospectiva más grande que quizá jamás se haya intentado: la transferencia de la información que contienen cinco millones de fichas anteriores a 1980, tomadas de alrededor de unas cien bibliotecas de la universidad —entre las que se incluyen millones provenientes de Widener, la biblioteca principal— al catálogo computarizado de Harvard, HOLLIS. La conversión del catálogo de Widener está en etapa bastante temprana, y en muchos sentidos constituye un modelo de planificación y previsión. Antes de “desarmar” el catálogo, cada una de las fichas de Widener se microfilmó con una máquina para fichas hecha a la medida. (Naturalmente, la microfilmación es un lujo que pocas bibliotecas pueden permitirse. La mitad del costo del proyecto de conversión del extenso campus de Harvard está financiado por subvenciones federales y grandes



donaciones privadas.) Por lo tanto, hoy existe en microficha una imagen del frente de cada una de las fichas de Widener, a disposición de los usuarios en un cuarto del vestíbulo. (No se fotografió ninguna información al reverso de las fichas —y muchas notas realmente continúan en el reverso.) Todos los martes Harvard envía montones de fichas, alrededor de 20,000 a la vez, vía UPS, a una corporación no lucrativa en Dublín, Ohio (un suburbio de Columbus), que se llama OCLC.

Alguna vez, estas iniciales significaron "Ohio College Library Center", pero hoy —dado que en los últimos 23 años la compañía se ha convertido en una eminencia internacional en la industria de la información, con ingresos anuales libres de impuestos cercanos a los 100 millones de dólares— se refieren al "Online Computer Library Center". OCLC posee la base de datos sobre información bibliográfica más grande del mundo, y ofrece un servicio llamado RETROCON, el cual pueden contratar las bibliotecas para transferir catálogos de fichas viejos a "formas mecánicamente legibles", desde 50 centavos a seis dólares por ficha.

Hoy RETROCON es un buen negocio. Cuando visité OCLC en septiembre de 1993, había tres turnos de 60 operadores cada uno, abriendo camino para unas 40 bibliotecas diferentes, que incluían, además de Harvard, la Biblioteca Pública de Los Ángeles, un consorcio de bibliotecas francesas, Hughes Aircraft, Brown, la Universidad de Queen de Belfast, la Biblioteca de Kew Gardens, la Biblioteca Pública de Cincinnati, la Biblioteca Pública de San Francisco y la Universidad de Waseda en Japón. Cada operador, en un inicio contratado temporalmente, y en algunos casos sin más escolaridad que la preparatoria, es el sobreviviente de un riguroso programa de entrenamiento de dos semanas (la mayoría de los contratados no pasan del entrenamiento). Al principio, un supervisor revisa su trabajo todos los días, y posteriormente se practican revisiones aleatorias sin aviso para comprobar la precisión. "Nuestras normas son altísimas", me dijo Maureen Finn de OCLC mientras nos encontramos de pie junto a unos anaqueles con cientos de largas cajas grises de cartón que decían "Widener". "Las bibliotecas nos confían la historia de la colección de sus bibliotecas. Debemos estar seguros de contar con gente buena que va a desempeñar correctamente el trabajo y que podemos confiar en ella."

Maureen Finn dirige RETROCON, y por lo que pude ver, lo dirige excesivamente bien. Algunos de sus empleados han trabajado en la conversión de fichas de catálogo durante diez años o más, aparentemente satisfechos. Es cierto que rara vez se les capacita formalmente en el intríngulis del arte del catalogador: no necesariamente están al tanto de las elaboradas reglas angloestadunidenses para catalogar, ni tampoco les preocupa estar al día en la Guía de Interpretaciones periódica que edita la Biblioteca del Congreso, que —como despachos hermenéuticos emitidos por el IRS [Internal Revenue Service] o el Financial Accounting Standards Board— resuelven casos intrincados de clasificación a medida que surgen. La mayoría de los operadores no ha recibido cursos de la escuela de bibliotecarios sobre el Sistema Decimal Dewey (que aún prospera, por cierto, y con mucho éxito en Europa), o sobre los "Sears List of



Subject Headings”, o los números Cutter o las precisiones abreviadas del formato del International Standard Bibliographic Description (ISBD): pero al parecer aprenden mucho en el camino. “En cualquier momento yo enfrentaría a cualquiera de estas personas con un catalogador MLS”, me dijo la señorita Finn —por MLS se refiere a un “Master of Library Science” [Maestro en Bibliotecología]. “Yo creo que su conocimiento es bastante amplio.”

En fin, pues más vale que lo sea. La siguiente ficha que un operador del segundo turno apoya sobre el tablero, a las 10:15 de la noche, puede estar en cualquiera de las 300 lenguas de tipo romano o de las otras lenguas transcritas a él, sobre absolutamente cualquier tema, que cubre cualquier periodo de la historia humana o interestelar. El trabajo de un operador consiste en encontrar un *simil* o *hit* para la ficha en la inmensa base de datos de OCLC. Un *hit* ofrece un registro de computadora, formateado especialmente, conocido como MARC (que significa Machine Readable Cataloging Record —registro de catalogación de lectura mecanizada): una serie intimidante de campos numerados y símbolos extraños desarrollada por la Biblioteca del Congreso en la década de los sesenta, y que huele a rancia base de datos vieja e incivil— que describe la edición particular de un libro (o mapa, o video) que corresponde al mismo que la ficha representa físicamente. El promedio de *hit* varía de proyecto a proyecto, pero en el de Harvard funciona alrededor de un 70 por ciento. Si la operadora (hay ligeramente más mujeres que hombres) encuentra un registro correspondiente, tiene entonces que hacer modificaciones en la pantalla para adaptarlo a la idiosincrasia de la numeración clasificatoria de la biblioteca de origen, añadiendo la información complementaria que contiene la ficha según sea el caso de lo estipulado por el contrato entre OCLC y la biblioteca en cuestión (mientras más modificaciones exija una biblioteca de cada registro de MARC, mayor será su costo). En el caso de Harvard, normalmente acepta el registro tal como está, aunque la ficha original contenga encabezados temáticos adicionales o notas enriquecedoras de diversa índole.

Si en su búsqueda a través de la base de datos la operadora no encuentra una pareja para la ficha, tiene que registrar la información que contiene la ficha a partir de cero. Ésta es, o debería ser, una empresa compleja, que exige discernimiento tanto como precisión, pues no sólo es necesario transferir perfectamente el contenido de la ficha (sin tener la referencia del libro en sí, de modo tal que concuerde con los registros de otros libros por el mismo autor en esa biblioteca), sino que los “puntos de acceso” necesarios deben ser señalados correctamente con códigos numéricos —los puntos de acceso son aquellas áreas del registro que podrá buscar el usuario de una biblioteca, tales como título, autor, coautor y tema. Si alguien tiene una mala noche y crea un punto de acceso defectuoso para el título de un libro, los usuarios de la biblioteca simplemente no encontrarán el libro en el catálogo computarizado de la biblioteca cuando lo busquen por título.

No deberíamos saltar a la conclusión de que a las fichas de Harvard se les hacen cosas tremendas, sólo porque el personal del RETROCON está conformado por empleados eventuales o antiguos



empleados eventuales, muchos de ellos sin licenciatura. Puedo responder por la dedicación y el trabajo fuerte de —algunos— empleados eventuales, pues yo mismo fui empleado eventual durante varios años. Y los pilotos de las líneas aéreas, algunos de los cuales tampoco fueron a la universidad, aterrizan aviones mil veces al día con un margen de error extraordinariamente bajo. De cualquier forma, debemos preguntarnos si la comunidad de Harvard espera algo del personal de Maureen Finn en RETROCON que al personal no le sea posible despachar —de hecho, algo que ningún grupo de empleados, sentados a cientos de millas de los libros en cuestión, sin importar lo bien entrenados y lo cercanamente monitoreados que estén, pueda despachar. Hasta OCLC, uno de los mejores contratistas de conversión retrospectiva en el mercado, está sujeto a cometer miles de errores tipográficos en el transcurso de un inmenso proyecto como la “reconversión” de Harvard. Necesariamente se va a introducir un sustrato de error en el catálogo computarizado de Harvard. (El margen de error oficial es de “menos de un uno por ciento”, lo cual, de cinco millones de fichas, es menos de 50 mil registros.) Y algunos de los errores, aunque pequeños con relación al extraordinario tamaño de la base de datos, serán —del mismo modo que los errores en la base de datos del TRW pueden perturbar las cosas en el margen de crédito que uno tiene— muy significativos para los investigadores en busca de un libro particular. Tampoco habrá una ola de correcciones compensatorias como resultado de la conversión, pues los libros mismos no están a la mano para que un operador acucioso los confronte.

Las fichas de la Biblioteca Widener, una vez procesadas por OCLC, los miércoles se empaquetan y se devuelven a Harvard. No hay fichas perdidas. (“En diecisiete años, nunca hemos perdido una ficha”, dijo con justificado orgullo Maureen Finn.) En Harvard, el personal de Dale Flecker toma muestras aleatorias de las cajas devueltas para comprobar si OCLC se mantiene en el margen de tolerancia de control de calidad convenido. Si los que verifican al azar encuentran inconsistencias inaceptables entre una ficha y su versión en computadora, conservan la ficha como referencia y corrigen el registro computarizado. ¿Y qué pasa con el resto de las fichas? ¿Qué sucede con las fichas que vivieron en sus cajones durante 50 o 100 años, algunas de las cuales tal vez llamaron la atención de Charles Cutter o Fred Kilgour o uno de los otros grandes nombres de la bibliotecología entrenados o egresados de Harvard? ¿Qué sucede con las fichas escritas a mano? (“Library hand” era un tipo de caligrafía inclinada hacia atrás que servía especialmente para las fichas de catálogos, y en la década de los años veinte se enseñaba en la escuela de biblioteconomía.) ¿A dónde van todas esas fichas?

Ha habido unas cuantas peticiones para solicitar un grupo particular de fichas como recuerdo. Alguien, por ejemplo, quiere todas las fichas sobre la Biblia de Gutenberg. Y una parte indeterminada pero grande del total de las fichas se envía a un artista llamado Thomas Johnston, en la Universidad de Western Washington. El resto de las fichas es “descartado”. “Al final de este proyecto —me dijo Dale Flecker—, no quedarán ficheros en la universidad.” Le pregunté si había algún fichero en alguna parte del mundo que él

pensara que valía la pena conservar. “En general, son descartados, —me dijo— no creo conocer a nadie que haya decidido preservarlos como objetos físicos.” Maureen Finn me dijo algo muy similar: “Las instituciones todavía quieren que se les devuelvan las fichas, y entonces creo que las guardan. Pero la mayoría de los administradores de bibliotecas con los que yo hablo dicen, ‘Guardamos las fichas porque esto hace sentir bien a los empleados, y vamos a deshacernos de ellas.’”

En principio, los catálogos computarizados son cosas maravillosas: cosas eficaces, e incluso, ocasionalmente —como en el caso del Online Union Catalogue de OCLC—, cosas grandiosas. Como resultado de la expansión de la educación superior financiada con recursos públicos durante la década de los sesenta, y el auge de las publicaciones académicas que le siguió, los acervos de la biblioteca universitaria típica se duplicaron en los últimos veinte años. Sin los catálogos computarizados, y sin los módulos de programas de circulación y adquisición a los que están enlazados los catálogos computarizados, las bibliotecas simplemente no hubieran podido procesar todos los libros y revistas que les llegaban. A principios de la década de los setenta, los retrasos de materiales por catalogar que aguardaban en multitud de carretillas cerca del abrumado departamento de catalogación de la mayoría de las bibliotecas grandes eran nefastos. La catalogación alcanzó una crisis similar a la que forzó a los mercados financieros a cerrar temprano durante algunas de las semanas de gran movimiento en 1969, cuando los métodos de papel para procesar las órdenes de Wall Street no podían mantener al día las órdenes cotidianas de compra y venta de acciones. La ejecución computarizada de acciones salvó a Wall Street —y también hizo posible la compra a futuros y el Lunes Negro— y los procesos de catalogación computarizados salvaron a las bibliotecas.

De esta manera los ficheros tuvieron que cerrarse y “congelarse”. Nadie esperaría que una biblioteca mantenga secuencias de cartulinas alfabéticas para una colección que crece, como algunas actualmente, en un promedio de quinientos ejemplares al día. Incluso a principios de este siglo, un columnista de *Evening Transcript* de Boston podía lamentarse con humor sobre la incomodidad de los ficheros:

A medida que aumenta el número de estos estantes de cajones, hasta que parezca que literalmente se hace realidad el viejo chiste sobre el encuentro de los ficheros de la Biblioteca Pública de Boston y de la Universidad de Harvard en el Puente de Harvard, la angustia mental y el agotamiento físico que sufren los que consultan alguno de ellos se vuelven tan importantes como para despreciarlos.

Y los catálogos computarizados, a pesar de sus manifestaciones neolíticas en pantalla y sus promedios de recuperación extremadamente lentos, ofrecen muchas amenidades. No les sale moho, como una vez le salió al fichero de la Biblioteca de Ingeniería de la Universidad de Toronto después de un siniestro de agua. Y están menos



expuestos al vandalismo. En la década de los sesenta, los estudiantes extremistas destruyeron unas 100 mil fichas del catálogo de la Universidad de Illinois. Al personal bibliotecario de Berkeley se le pidió que vigilara los ficheros de la universidad durante los disturbios antibélicos. En Stanford, se supo de alguien que derramaba tinta sobre las fichas de Henry Cabot Lodge. El inmenso y congelado fichero de la Biblioteca del Congreso padece actualmente niveles alarmantes de lesiones públicas: como en la imagen cinematográfica en la que el detective privado arranca una página del directorio telefónico en un teléfono público en vez de molestarse en copiar una dirección y un número de teléfono, los visitantes de bibliotecas —los descuidados, los locos—, especialmente desde finales de la década de los ochenta, cada vez tienen mayor capacidad para arrancar la ficha que hace referencia al libro que quieren. De hecho, uno de los motivos por los que la Biblioteca Pública de Nueva York tuvo que cerrar su fichero fue porque el público lo estaba destruyendo. Las fichas de Hetty Green desaparecieron. Alguien que se llamaba a sí mismo “Cosmos”, se llevaba periódicamente todas las fichas de *Mein Kampf*. Las fichas de dos manuscritos de Dante fueron robadas: no los manuscritos, las fichas de los manuscritos. Los ficheros se vuelven víctimas del vandalismo porque implican la necesidad de confianza social y de conquistas comunitarias, al igual que otros blancos comunes, tales como los carros del metro, los puentes de ferrocarriles, los buzones y las señales de tráfico. Si un grupo de terminales de computadoras enlazadas a un catálogo computarizado protege una sala llena de ficheros viejos al marginarlos, entonces sí están haciendo un gran servicio.

Y por supuesto, un catálogo computarizado es muy conveniente si se le ve bajo la luz apropiada. “Es maravilloso —dijo Julie Miran, del módulo de circulación de la biblioteca de Swarthmore, enamorada de la búsqueda por palabras claves—, es como mirar la guerra en CNN.” Comencé la investigación para este artículo al llamar a un catálogo computarizado de una universidad desde mi computadora y al imprimir una lista de 68 páginas de volúmenes relacionados con Bibliotecas-Automatización-Estudios de caso, Bibliotecas-Automatización-Congresos, y así sucesivamente. Aunque en ver y rechazar en pantalla un libro irrelevante o un encabezado temático me demoré diez veces más de lo que me hubiera tardado de haber tenido un cajón de fichas frente a mí y haber podido barajarlas a una velocidad media de dedo y pulgar, no tuve que manejar hasta la universidad y buscar un lugar para estacionarme y caminar al cajón preciso para hacerme una idea preliminar útil del conocimiento local disponible sobre la defunción de los ficheros. Los catálogos computarizados son accesibles desde una silla de ruedas en el mejor de los sentidos, y hoy —a través del servicio de Gopher en Internet— puedo hurgar en los ficheros de cientos de bibliotecas en todo el mundo, aunque no esté asociado a ninguna de ellas.

¿Por qué **querría** yo echar un vistazo a los ficheros computarizados de bibliotecas que realmente nunca visitaré? Para enterarme de los nombres inteligentes que les han puesto sus administradores, por una razón: posiblemente por su creencia de que la gente se exaspera en las terminales de las bibliotecas y los maldicen debido a un

temor subcortical a la tecnología, y que un nombre humano o animal o mítico evocativo, reverenciado por lo vernáculo, mejorará todas las cosas. De este modo, la Biblioteca Pública de Nueva York tiene CATNYP. Hay BEARCAT (Universidad de Kutztown), ALLECAT (Allegheny), BOBCAT (Biblioteca Bobst de la Universidad de Nueva York) y CATS (Cambridge). Hay VIRGO (de la Universidad de Virginia), FRANCIS (Williams College), LUCY (Skidmore), CLIO (Columbia), CHESTER (Universidad de Rochester), SHERLOCK (Buffalo State College), ARLO (Universidad de Colorado en Colorado Springs), FRANKLIN (Universidad de Pensilvania) y el apropiadamente HOLLIS de la Biblioteca Eustace Tilleyish de Harvard. Hay BISON (Universidad Estatal de Nueva York en Buffalo), OASIS (Universidad de Iowa), ORION (Universidad de California en Los Ángeles), SOCRATES (Stanford), ILIAD (Butler), EUCLIDPLUS (Case Western), LUMINA (Universidad de Minnesota), y THE CONNELLY EXPLORER (La Salle). MELVYL (del sistema de la Universidad de California) se llama en honor a Melvil Dewey. La Drake Memorial Library de la Universidad Estatal de Nueva York en Brockport da la bienvenida a sus usuarios con la imagen de un fichero generada tipográficamente.

Mientras tanto, las tarjetas del fichero propiamente dicho de Drake se usan, según un bibliotecario con el que hablé en octubre, como papel para apuntes. El bibliotecario soltó una pequeña y avergonzada carcajada cuando me comunicó esta noticia. Y tiene razón de sentirse avergonzado. Al catálogo físico de Drake se le ha sustituido por una acuciosa pantalla llena de signos de admiración y signos de igualdad entre corchetes, como para insistir en la equivalencia, cuando de hecho *no hay equivalencia*. La triste verdad es que, en la práctica, los ficheros congelados, los que sólo están ahí, sin hacer daño a nadie, son sustituidos típicamente por bases de datos locales que están llenas de errores nuevos (un estudio previo de OCLC encontró 1.4 errores por cada entrada); son más difíciles de curiosear eficientemente; son menos ricas en referencias cruzadas y encabezados temáticos; carecen de una personalidad local; no agrupan particularmente bien títulos relacionados y autores, y en muchos casos son despojadas de clases completas de información histórica específica (por ejemplo, el precio original del libro, su fecha de adquisición, su fecha original de catalogación, su número de registro, las iniciales del catalogador original, el registro de las copias que se han retirado, o si fue un regalo o una compra) que existían gratis, sin ocupar espacio en el disco o electricidad de la sala de cómputo, sin requerir de actualizaciones costosas de software o respaldos diarios o llamadas de servicio para el disco duro, directo en los ficheros de madera originales Remington Rand o Brodart.

Imagínese a sí mismo como un agente literario exitoso, con una gran rueda de la fortuna sobre su escritorio que es su directorio Rolodex. Usted y su Rolodex llevan juntos quince años. Contiene cientos de nombres y teléfonos, muchos de los cuales ha actualizado a mano cuando un escritor o un editor se ha mudado o se ha casado o ha tenido un hijo o ha contratado un nuevo subordinado. Si bien usted está encariñado con su Rolodex, a duras penas es portátil, y hoy está



haciendo muchos negocios en el otro extremo del país. Así es que decide comprar uno de esos libros electrónicos con calendario, hoja de cálculo y directorio —digamos que algo así como en la línea de una Psion Series 3a. Después de planear cuidadosamente, congela la Rolodex, y le asigna a uno de sus practicantes la exigente tarea de teclear en la Psion toda la información al día que contiene su Rolodex. Le toma al practicante una semana completa —hay 416 nombres. Durante su proceso, usted comprueba al azar el proyecto. El practicante ha cometido algunos errores aquí y allá, ha invertido algunos teléfonos, ha tenido algunas fallas mecanográficas en direcciones en el extranjero, pero en general es un trabajo sorprendentemente limpio.

Sin embargo, una vez realizada esta conversión retrospectiva surge una pregunta. ¿Qué hacer con la gran Rolodex? ¿Quemarla, hacerla pulpa, dispararle? Realmente ocupa mucho espacio en el escritorio. ¿Hace una gran fiesta e invita a toda la gente de su Rolodex para que lo acompañe en la azotea de su edificio a beber champaña y atar sus tarjetas de direcciones a globos inflados con helio para soltarlos sobre la calle 57 Poniente? No, porque después de todo usted es un agente literario, no un publicista. Y pronto se da cuenta de que sería un error tirar las tarjetas de su Rolodex hoy mismo, pues va a querer referirse a ellas de cuando en cuando en los próximos meses, cuando surja una pregunta sobre la exactitud de una dirección electrónica. En un momento dado, al buscar el nombre de alguien en su Psion, encuentra que *no está ahí*: un error mecanográfico de su asistente que no detectó ha desplazado el registro a otro lado, escondiéndoselo. Fácilmente encuentra la dirección en la Rolodex. No sólo eso: usted descubre que la anticuada Rolodex agrupa las cosas de una manera que a ratos le es más útil que la técnica de memoria de la Psion; en lugar de alfabetizar únicamente por nombres, por ejemplo, el viejo sistema de papel le ofrece a todos sus amigos en Simon & Schuster juntos en un grupo, una forma que los bibliotecarios llaman “colocación”.

También se le ocurre, en un momento de mayor reflexión, que hay una información considerable en las tarjetas de la Rolodex que no cupo en su nuevo juguete: antiguas direcciones tachadas, antiguos teléfonos, antiguos cónyuges, antiguos asistentes editoriales que hoy son unos titanes de la publicación en derecho propio. El mismo grado de desgaste de ciertas tarjetas que alguna vez barajaba para entretenerse pero que hoy es posible que ya no lo haga —pues ese autor está borracho y olvidado o corrieron a ese editor de revista y hoy se dedica a hacer chutneys de manzana en Binghamton— constituye información significativa sobre las partes de la Rolodex que fueron importantes para usted a través del tiempo. Su nueva agenda Psion no le puede empezar a decir esas cosas: sus direcciones son intemporales, tan frescas y amarillo grisáceas como la corriente que pasa por un diodo. En cierto sentido, su Rolodex es una pieza de historia literaria. También es un registro de algunas de las más queridas relaciones que usted ha establecido con el mundo. Usted se pregunta si no sería forzar demasiado las cosas llamar a su Rolodex una forma de autobiografía: un manuscrito que ha escrito en estos quince años, que ha remendado, revisado. Es po-

sible que sea el único manuscrito que escriba jamás. ¿Tirarlo? No, donará su Rolodex a la biblioteca de su *alma mater*, valuándolo en varios miles de dólares para obtener una exención de impuestos, y los bibliotecarios de ahí reconocerán su importancia para futuros investigadores sobre prácticas editoriales de finales del siglo XX y la catalogarán afectuosamente en el fichero computarizado, asignándole un número de clasificación de la Biblioteca del Congreso y una lista adecuada de encabezados temáticos.

Ahora, imagínese algo un poco más grande que su Rolodex. Piense en un manuscrito sin encuadernar, el único en su tipo, conformado por una gran cantidad de tarjetas de tres por cinco pulgadas —de hecho, un millón de ellas— cada una cubierta al derecho y a veces al revés con descripciones detalladas de ciertos objetos que el mundo ha considerado dignos de una conservación organizada. Los autores de este manuscrito han trabajado en él todos los días durante 120 años. Entonces, es la autobiografía acrecentada de una institución cuya tarea es guardar y recuperar libros y materiales tipo libro. Muchos de sus autores fueron gente lista y cuidadosa —perfeccionistas, lectores de todo tipo de materias que por predilección se mantuvieron tan anónimos en su autoría como los constructores medievales de catedrales. Algunos de ellos tenían conocimientos especializados y entusiasmos idiosincráticos que plasmaron en las páginas de su creación al emplear cientos de miles de indicaciones a otras páginas de “Véase” y “Véase también”. Juntos, a través del tiempo, lograron lo que uno de sus antiguos maestros, Charles Ammi Cutter, llamó una estructura “sindéctica”, esto es, un sistema de vínculos referenciales, de una coherencia y resolución notables.

Sin embargo, los autores cometieron un grave error. Aunque pasaron mucho trabajo para asegurarse de que en su gigantesca labor todos los libros y manuscritos guardados en su edificio estuvieran representados por una tarjeta de tres por cinco, y frecuentemente varias tarjetas, que los describiera, olvidaron dedicar alguna página, en cualquier parte, al libro mismo que ellos habían escrito todos esos años. Su fichero no se menciona en ninguna parte de su fichero. Asignaron diligentemente una clasificación al enorme género de novelas tipo Tom Clancy, a cintas magnéticas con información estadística, a diskettes llenos de programas arcaicos, a viejos catálogos de Montgomery Ward, a carretes de microfilm de revistas de lucha profesional, a planos heliográficos, testamentos, contratos y los archivos de boletines electrónicos, a libros infantiles e informes anuales y diarios y falsificaciones y tratados y cualquier variedad de materiales, pero no clasificaron ni describieron su propio manuscrito querido y por lo tanto éste nunca obtuvo el estatus de un *bien*, que tan evidentemente merecía, y en lugar de eso se entendió tácitamente como una mera “herramienta de búsqueda”, un mueble, completamente vulnerable a depredadores de paso, sujeto a la conserjería en vez de a la curaduría, a la jurisdicción —a pesar de que este fichero era, en verdad, el único bien que es probable que la gente que entraba al edificio tuviera en común, que supieran usarlo desde la infancia, incluso que lo quisieran. Una mañana, el nuevo administrador pasó por ahí y notó que había un mueble viejo que ocupaba un lugar que podría ser destinado a volúmenes encuadernados de



Technicalities, The Electronic Library y Journal of Library Automation. El fichero, sin haberse catalogado él mismo, se tiró a un basurero.

Ahora, un poco de historia. En 1791, en París, después de confiscar numerosas bibliotecas privadas y conventuales a lo largo de Francia, el gobierno revolucionario tuvo curiosidad por conocer qué libros interesantes poseía de repente. La Imprimerie Nationale emitió una *Instruction pour procéder à la confection du catalogue* para los encargados de custodiar la nueva propiedad estatal en los departamentos distantes. A los inventaristas se les pidió numerar todos los libros en una biblioteca y después escribir, en naipes ordinarios, el número de cada libro, su autor, su título, una descripción física breve y el nombre de la biblioteca donde se le podía encontrar (se sugirió que los ases y doses se podían sacar de la baraja y apartar para libros con títulos largos). Estas cartas debían ser ordenadas alfabéticamente por autor, atadas y enviadas a París.

En 1848, Antonio Panizzi, custodio de Libros Impresos del Museo Británico, tuvo una idea similar:

Por un catálogo alfabético se entiende que los títulos se registren en él bajo algún “encabezado” ordenado alfabéticamente. Ahora, en tanto que en una biblioteca grande nadie puede saber de antemano la yuxtaposición de estos encabezados, y sería imposible colocarlos en el orden requerido si no se pueden cambiar fácilmente, por lo tanto cada título se escribe en “papeletas” separadas [...] que se cambian frecuentemente de un lugar a otro según se requiera. Es evidente que si estas papeletas [...] no son uniformes, tanto en tamaño o contenido, su colocación provocará dificultades mecánicas cuya superación toma tiempo y molestias.

Papeletas y barajas de naipes cedieron su lugar a cajones de cartulinas anotadas; en el siglo XIX, a lo largo de la década de los sesenta, estas cartulinas se emplearon no como objetos en sí para que las hojearan los usuarios interesados en encontrar libros, sino como un recurso de los empleados de una biblioteca para mantener el orden sobre su acervo o para preparar la publicación de un catálogo formal. El catálogo en forma de libro, en edición cara y ornamentada, era como tradicionalmente se presentaba una biblioteca al público —el modo en que entraba, por decirlo así, a la biblioteca de las bibliotecas. Y, como ocurre, un catálogo más que superficial de los acervos de una biblioteca es un libro muy difícil de editar y publicar. Charles Coffin Jewett, el bibliotecario del Instituto Smithsonian, escribió en su *Smithsonian Report on the Construction of Catalogues of Libraries* (1853):

Para los inexpertos y quienes no están familiarizados con los requisitos del mundo de la erudición respecto a tales trabajos, la elaboración de un catálogo puede parecer una tarea fácil. En realidad, sin embargo, no hay labor literaria tan ardua e in-



trincada. Las peculiaridades de los títulos son, al igual que las idiosincrasias de los autores, innumerables.

En 1850, se le pidió al bibliotecario de la American Antiquarian Society que hiciera un nuevo catálogo para dicha sociedad. “Los hombres se han vuelto locos”, respondió el atribulado bibliotecario,

en su intento por reducir estas labores a un sistema; y se han registrado varios casos en los que se ha sacrificado la vida a consecuencia del esfuerzo mental y físico requerido para la elaboración de un catálogo según el punto de vista del autor sobre el método apropiado para llevar a cabo una tarea semejante.

Un domingo, sintiéndome apenas medio cuerdo, llamé a Jim Ranz, decano retirado de las bibliotecas de la Universidad de Kansas, autor de la monografía inmortal *The Printed Book Catalogue in American Libraries: 1723-1900* (1964) de donde tomé la última cita, y le pedí su comentario sobre la muerte de los ficheros. El señor Ranz no estaba muy preocupado por la suerte de estos catálogos. “La conservación de un fichero debería ser prioridad bastante menor en casi todas las bibliotecas”, dijo. De lo que él quería hablar realmente era sobre Charles Ammi Cutter (1837-1903), el autor del mejor fichero que jamás se haya hecho en opinión del señor Ranz. La obra maestra de Cutter es el catálogo de cinco volúmenes del Ateneo de Boston, publicado entre 1874 y 1882. “No estoy seguro de que no sea el catalogador más grande que haya vivido”, me dijo el señor Ranz. El trabajo tiene 3,402 páginas y cuenta con referencias cruzadas muy detalladas y llenas de sentido común; su producción le costó al Ateneo casi 100 mil dólares. Todavía es de interés y utilidad para los historiadores —como lo es el fichero del Ateneo que también desarrolló Cutter. Hasta hoy, la biblioteca ha conservado sus fichas originales.

Seguramente, le insistí a Dale Flecker de Harvard, por lo menos se debe preservar el fichero del Ateneo de Boston. “Oh, no lo sé”, respondió el señor Flecker. Su indiferencia tiene sentido, en cierto modo, pues no podía abogar muy bien por la preservación del catálogo del Ateneo y al mismo tiempo defender la desaparición del más viejo e igualmente rico catálogo público de Harvard. El joven Charles Cutter dedicó también su energía a las fichas de Harvard; mientras trabajaba para Ezra Abbot, que fue asistente de bibliotecario de Harvard de 1856 a 1872, refinó sus teorías sobre la forma en que la gente desempeña realmente sus búsquedas temáticas y lo que requiere de una lista de ubicación de una biblioteca. En 1861, Ezra Abbot estableció uno de los primeros ficheros “de acceso libre y conveniente”, según sus palabras, “para todos los que usaran la biblioteca”. A la vuelta del siglo, el tradicional catálogo empastado se volvió una imposibilidad técnica para las bibliotecas grandes, y los catálogos de fichas, casi todas manuscritas (aunque para entonces ya existían las máquinas de escribir), estaban por todas partes.

En enero de 1901, la Biblioteca del Congreso comenzó a imprimir en gran número sus fichas de catálogo y las vendía por juegos a la



biblioteca que las quisiera. Estas fichas —elegantes a su manera, precisas, altamente legibles y baratas— triunfaron. Hasta el mismo Cutter—de buena gana, pues su apología implicaba la muerte eventual de su propio e ingenioso sistema de clasificación temática—recomendaba la adquisición de fichas de la Biblioteca del Congreso, al escribir en 1904 que “cualquier biblioteca nueva sería muy tonta si no hace su catálogo principalmente de ellas”. Y las bibliotecas obedecieron. En 1969, un estudio de 1,926 fichas seleccionadas al azar de los cajones del catálogo de colocación de la Biblioteca Fendren de la Universidad de Rice, encontró los siguientes tipos:

15 manuscritas
1,275 de la Biblioteca del Congreso sin modificar
68 de la Biblioteca del Congreso modificadas
472 mecanoescritas
96 misceláneas, con descripciones de mapas, partituras,
series, etcétera.

Este mismo estudio de la época precomputarizada, publicado por MIT, determinó que el promedio de fichas por cajón era de 826, que el libro típico representado por una ficha era de 276.6 páginas, y que el ritmo de crecimiento de los acervos de la biblioteca de Rice seguía de cerca al del grueso del producto nacional de Estados Unidos.

A principios de la década de los setenta, la obra de la Biblioteca del Congreso dominaba la catalogación por fichas. En 1968, la Biblioteca del Congreso distribuía alrededor de mil fichas por minuto, a unos cinco centavos la ficha. Mientras tanto, Fred Kilgour, un químico convertido en bibliotecario, sospechando que la Biblioteca del Congreso no explotaba todas las posibilidades de sus técnicas de catalogación mecanolegibles recién desarrolladas, fundó OCLC y se volvió, entre muchas otras cosas, el impresor de fichas de catálogo para el mundo. (OCLC nació en Ohio, según Kilgour, porque “en Ohio, y en el medio oeste oriental, la gente en general está más dispuesta a aceptar un riesgo calculado en referencia con la innovación”.) Desde 1970, OCLC ha impreso 1.8 millones de millones de fichas de catálogo en sus impresoras de alto volumen: son las que tienen la clara tipografía mecanoescrita ligeramente vistosa. Aunque eran un poco más caras que las fichas de la Biblioteca del Congreso, OCLC surtía automáticamente duplicados de la forma que se quisiera —digamos, todo junto en un alfabeto, o alfabetizado por separado para el catálogo temático, el catálogo por autor y título y el catálogo de colocación. (Un catálogo de colocación es un catálogo de fichas acomodado según el orden de clasificación; los catalogadores los usan como apoyo para la colocación de los libros en la estantería.) Dado que la labor requerida para llenar fichas es una parte enorme del costo de mantenimiento de un fichero, la preclasificación adaptable de OCLC era una verdadera ventaja, y por años, OCLC se apreciaba como un servicio de impresión de fichas aun por universidades que —como Princeton— desdeñaban la calidad de su creciente base de datos.

Pero las bases de datos masivas se volvieron el verdadero triunfo de OCLC. Por una cuota, una biblioteca se volvía miembro de OCLC

y recibía una o más fieles terminales Beehive (adelantadas para su tiempo, con capacidad para manejar los signos diacríticos que los bibliotecarios necesitaban, mientras otras interfases computarizadas ofrecían generalmente sólo letras mayúsculas) conectadas a Ohio. Por dos dólares por título, una catalogadora miembro podía examinar los registros de OCLC para ver si el libro que tenía ante ella ya había sido catalogado por alguien más —ya fuera por la Biblioteca del Congreso (cuyos registros MARC OCLC compró y cargó en su base de datos) o por otra biblioteca miembro (cada una de las cuales se identificaba por un membrete de tres letras). Si encontraba un registro y le parecía bien, solicitaba que OCLC imprimiera un juego de fichas para el libro y se lo enviara. De este modo, una biblioteca podía relegar eventualmente una buena parte del trabajo de catalogación que alguna vez desarrollaron profesionales universitarios a empleados de bajo salario y estudiantes asistentes.

Y lo brillante de la empresa de Kilgour era que si la catalogadora no encontraba un registro, ella misma podía encargarse de describir el libro y contribuir con su trabajo al sistema con un “registro maestro” para ese libro, para beneficio de todos los miembros. La catalogadora escribía una especie de poema, siguiendo una serie de reglas más estrictas que las de una *villanelle*; lo enviaba a gente en Ohio que se lo publicaba y luego le pagaba unos dólares —en la forma de crédito de catalogación que se abonaba a futuros cargos de OCLC. Cuanto más fresca fuera la “copia” que un departamento de catalogación ofrecía a OCLC, más barato le salía el uso de OCLC, y por lo tanto había muchos incentivos para todas las bibliotecas comprometidas en la creación de una especie de comunidad virtual mucho antes de que hubiera cosas tales como el Internet, para inflar la base de datos que empezaba a germinar. Lo que comenzó principalmente como una forma cómoda y unilateral de despachar los archivos MARC de la Biblioteca del Congreso a las bibliotecas afiliadas se convirtió en una colaboración altamente democrática y omnidireccional entre miles de documentalistas que alguna vez estuvieron aislados: actualmente, en la base de datos hay cerca de 30 millones de registros; sólo una cuarta parte provino originalmente de la Biblioteca del Congreso, la mayoría provenía del trabajo de cerca de siete mil bibliotecas afiliadas.

Pero en medio de este alboroto público había algunas señales de disturbio. “La computación repartida —como dijo hace poco Paul Lindner, uno de los arquitectos de Gopherspace en el Internet— es como conducir una carreta tirada por mil pollos” —y la catalogación repartida, aunque su base de datos principal esté anclada en el centro de Ohio, muestra una muy similar calidad ruidosa, chacotera y errante. De hecho, la calidad fue un problema serio desde el principio: era predecible que algunas bibliotecas fueran mucho más cuidadosas y hábiles que otras en la descripción de libros. La Universidad Estatal de Wright, por un celo descarriado o un anhelo vehemente por créditos de catalogación, se sabe que metió a la base de datos de OCLC miles de registros nocivos —al menos, hoy a menudo se descargan fuertes críticas contra la Universidad Estatal de Wright, tal vez inmerecidamente, por los folkloristas de la historia de OCLC.



Las bibliotecas comenzaron a poner en una lista negra a las instituciones cuyo membrete de tres letras era señal segura de corrupción bibliográfica. “El chisme se difundió rápidamente sobre quiénes hacían una catalogación chapucera”, me dijo un bibliotecario. En realidad, todos cometían errores. La autoría grupal cooperativa e interactiva de una fuente de esta complejidad era algo absolutamente novedoso, y, dado que OCLC no ejercía ningún control editorial sobre las contribuciones de sus miembros, que llovían a cántaros, los peligros acumulativos del avanzado sistema de Fred Kilgour se demoraron más de la cuenta en aparecer.

Una fuente de entropía fue el concepto *laissez-faire* del “registro maestro” que tenía OCLC. El primer intento de clasificar un libro en la base de datos, sin importar su falta de profesionalismo, lo inadecuado que pudiera ser para las necesidades de otras bibliotecas, se volvía por omisión el “registro maestro” para ese libro. Durante años —hasta que, en 1984, OCLC le concedió a un pequeño grupo de bibliotecas un estatus acrecentado como miembros, al permitirles mejorar los registros defectuosos o pobres que encontrarán por su cuenta— cualquier tipo de cambio al registro maestro fue un proceso manual laborioso. Aun cuando la catalogadora se percatara del error de dedo una semana después de haber apretado decididamente la tecla de ENVIAR en su terminal, no podía (si para entonces otra biblioteca ya había membretado el registro con sus iniciales) corregir el error en pantalla; tenía que llenar un reporte de error y enviarlo por correo —no electrónicamente sino con un timbre— a OCLC. Yo he escuchado a bibliotecarios y a profesores de biblioteconomía mencionar errores guardados como reliquias en la base de datos de OCLC que no se han molestado en tomarse el tiempo para tratar de corregirlos —en algunos casos, errores serios que afectan la recuperación de libros en los que ellos mismos han colaborado.

La otra debilidad sería de la base de datos de OCLC era su falta de “control de autoridad”: el término fabuloso de los bibliotecarios para referirse al acto de nombrar entidades (gente, iglesias, oficinas gubernamentales, encabezados temáticos y así por el estilo) consecuentemente. Supongamos, para tomar un ejemplo sencillo usando una base de datos universitaria, que le asignan la tarea de catalogar un documento eminentemente engañoso escrito por cierta persona —una “autoridad”— llamada Pjotr Iljics Csajkovszkij. ¿Quién es? ¿Es posible que sea el mismo individuo que P.I. Cajkovskij? ¿Y P.I. Cajkovskij tiene alguna relación íntima con P. Caikovskis? ¿Es posible que Peter Iljitch Tschaikowsky, Peter Iljitch Tchaikowsky, Pjotr Iljc Ciaikovsky, P.I. Cajkovskij, Peter Iljitsj Tsjaikovsky, Piotr Czajkowski, P.I. Chaikovsky, Pjotr Iljics Csajkovszkij, Pjotr Iljietj Tsjaikovskiej, Pjotr Ilitj Tjajkovskij, P. Caikovskis, Petr Il'ich Chaikovskii, 1840-1893, Peter Illich Tchaikovsky, 1840-1893, Peter Ilych Tchaikovsky, 1840-1893 y Peter Ilyich Tchaikovsky, 1840-1893 sean en realidad todos el mismo hombre? De ser así (y este grado de variación no es poco común para autores voluminosos, la mayoría de ellos menos conocidos que Tchaikowski), a la computadora se le debe informar inmediatamente de ese hecho; de otro modo, las sinfonías y las serenatas para cuerdas se esparcirán al azar por todo

el alfabeto y un investigador no tendrá ninguna idea de lo que le falta.

El control de autoridad ha atormentado siempre a los hacedores de catálogos, y mientras más grande es el catálogo, mientras más periodos cubra de historia de la edición, más difíciles de manejar se vuelven las cosas. Para Sirine y Sirin y Nabokoff-Sirin, véase Nabokov. Para *House & Garden*, véase HG. Para Alexander Drawcansir, Petrus Gualterus, Conny Keyber, Scriblerus Secundus, John Trotplaid y Hércules Vinegar, véase Fielding, Henry (1707-1754). Para Ogdred Weary y St. John Gorey, véase Gorey, Edward (1925-). A finales de la década de los setenta, la segunda versión de las reglas de catalogación angloestadunidenses causó tremenda desesperación en las bibliotecas cuando exigió que a Samuel Clemens se le llamara oficialmente Mark Twain, sólo porque la mayoría de sus libros aparecían más bajo su seudónimo principal que bajo su nombre verdadero. A lo largo del país se escuchó el lamento de las gomas eléctricas. (En bibliotecología, el “pulmón de goma” era el equivalente de los años setenta del síndrome del túnel carpiano.) Sin embargo, no es arriesgado decir que los apóstoles de san MARC fallaron por completo al no prever lo abismalmente pobre que sería la computadora para atrapar el concepto de identidad humana. Una persona —incluso una persona bastante despistada— a la que se le paga por archivar fichas en un fichero todo el día, puede decir que “Alejandro Magno, 356-323. A.c.” es el mismo que “Alejandro Magno, 356-323 a.c.” y “Alejandro Magno, 356-323 A.C.”; también suponemos que se percate de la presencia unitaria tras las fichas de “Montagu, Lady Mary (Pierrepont) Wortley, 1689-1762” y “Montagu, Mary (Pierrepont) Wortley, Lady” y “Montagu, Mary Pierrepont Wortley, Lady, 1689-1762” —para usar ejemplos de un catálogo computarizado.

“El fichero”, como escribió Tom Delsey en 1989, de la Biblioteca Nacional de Canadá, “presentaba una tolerancia relativamente alta para desviaciones de las normas literales y lógicas [...] Los errores tipográficos o las inconsistencias de los encabezados se podían corregir silenciosamente al llenar una ficha; las anotaciones añadidas que no se equiparaban exactamente con la inscripción principal de la ficha con la que estaban relacionadas se podían colocar de cualquier forma en el fichero según su propia secuencia.

Por otro lado, la base de datos de OCLC era, hasta hace muy poco, intolerante con las desviaciones. Los autores se casan, reciben títulos honoríficos, fallecen y se les pone un año a la derecha del guión. O de repente, la revista *Time* comienza a escribir Mao Tse-tung como “Mao Zedong”. Ante tal variabilidad aturdidora, el objeto de un catálogo es, según lo sugirió el propio Charles Cutter en sus *Rules for a Printed Dictionary Catalogue*, agrupar o colocar racionalmente todas las obras de un escritor dado, y todas las ediciones de una obra dada por un escritor dado, y todas las obras sobre la obra de un escritor dado, y todas las biografías de un escritor dado, en los grupos y subgrupos apropiados.



Por ejemplo, preferiríamos (este ejemplo es de una búsqueda en el HOLLIS de Harvard que hice en octubre) que al intentar ver los libros escritos por Alfred Tennyson, no estuvieran distribuidos arbitrariamente bajo tres encabezados separados alfabéticamente y sin puntuación: TENNYSON ALFRED TENNYSON BARON 1809 1892, TENNYSON ALFRED TENNYSON 1ST BARON 1809 1892 y TENNYSON ALFRED TENNYSON 1809 1892. Más aún, sería agradable que la primera obra enlistada como de TENNYSON ALFRED TENNYSON BARON 1809 1892 (en respuesta a la orden *Find Au Tennyson*) fuera de hecho una obra de Alfred Tennyson, y no una obra de Tuningius, Gerardus (1566-1610) titulada *Apophthegmata graeca, latina, italica, gallica, hispanica* ("Incompleta: la página del título ligeramente mutilada"), que por casualidad está autografiada en la portadilla de Tennyson. Y preferiríamos que la segunda obra en la lista Alfred Tennyson no fuera *The Kraken: for solo trombone*, por Deborah Barnekow, 7 pp. (1978). (Aunque la señorita Barnekow está en lo cierto: si el monstruo marino de Tennyson tocara un instrumento, es probable que fuera un trombón.) También sería agradable si *Neuronal Information Transfer*, coeditado por Virginia Tennyson, no se entrometiera entre diversos libros publicados por la Sociedad Tennyson y una entrada tentadora para una obra titulada *Tennysonianana* —una entrada que, cuando la elegí, me sacó de la lista de Tennyson y me soltó en una lista de 23 libros escritos por SHEPHERD RICHARD HERNE 1842 1895, ninguna de las cuales era *Tennysonianana*. (Muchas de estas anomalías desaparecieron misteriosamente poco antes de que este artículo entrara en prensa, pero hay miles más. El 21 de marzo, una revisión rápida de HOLLIS reveló que Bolingbroke, Villiers de L'Isle-Adam, Edward Bulwer-Lytton y Bernard Berenson tienen todos obra segregada incorrectamente bajo por lo menos tres formas diferentes de sus nombres. *Alternating Currents* de Charles George Lamb y *The Market of Guayule Rubber* de Charles W. Lamb, Jr., aparecen entre las ediciones de *Essays of Elia* de Charles Lamb. Y 462 registros de obras de Thomas Macaulay están separados alfabéticamente bajo ocho versiones de su nombre.) No tengo ninguna duda de que Dale Flecker cree en lo que decía cuando me comentó que "el catálogo mecánico no es peor en casi ningún caso y es mejor en casi todos los casos que el fichero". Pero en mi experiencia, cinco minutos con cualquier catálogo computarizado es suficiente tiempo para descubrir estados de desórdenes que no hubieran surgido sencillamente en lo que los administradores de bibliotecas llaman un "ambiente de papel".

Cuando visité OCLC, parte del personal admitió francamente que los ficheros hacen generalmente un mejor trabajo de colocación que los catálogos computarizados. "Apenas estamos a medio camino", me dijo Bárbara Strauss, entonces decana de OCLC especialista en protección del producto. La señorita Strauss "sabe de catalogación como la lengua conoce el interior de la boca", dijo una de sus colegas. Su jefe, Martin Dillon, director de la División de Administración de Fondos de Bibliotecas de OCLC, dijo recientemente a un entrevistador que al repasar la base de datos de OCLC usando "índices de palabras claves, índices de autores e índices de temas y

términos se arrojaba una luz desagradable sobre errores ortográficos y errores de todo tipo". En 1989, un muestreo al azar de un estudio de OCLC encontró en la base de datos 110 registros distintos para *The Expedition of Humphry Clinker* de Tobias Smollett, la mitad de los cuales estaban potencialmente duplicados, y se mantenían separados por variaciones minúsculas y errores de dedo. Hay que compadecer al estudiante de contabilidad que se contrata como "catalogador de copias" de medio tiempo en la biblioteca de su universidad; se le entrena un par de días y le entregan una vieja edición de *Clinker* donada a la biblioteca de su universidad por un ex alumno; uno debe perdonar al estudiante cuando, después de estar un rato a la deriva a través de algunas de las aparentemente interminables series de registros desfiguradas por códigos en busca de una entrada para el libro, maldice, se da por vencido y decide que es más rápido hacer otro registro al vuelo, trastornando aún más el sistema con la "edición" 111 de *The Expedition of Humphry Clinker*.

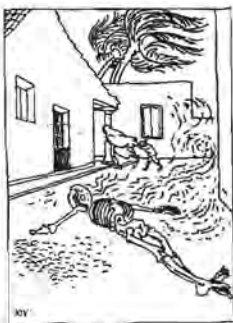
Afortunadamente, en los últimos años OCLC ha hecho muchas limpiezas automatizadas. La limpieza tiene que ser automatizada porque, lamenta Martin Dillon, "cuando las bases de datos crecen tanto como las nuestras, la contribución de seres humanos individuales está severamente limitada. La tarea es tan grande que prácticamente ninguna cantidad de seres humanos es suficiente para manejarla". El programa "DDR" —"Duplicar, Detectar y Resolver"— de OCLC, que se instaló por primera vez en 1991, compara dos registros en hasta 14 puntos y decide si representan al mismo libro, y por lo tanto si se deben fundir o no: digamos, si difieren sólo por una elipsis (...) al final de un subtítulo truncado, o si uno llama al editor "Wiley" y el otro "John Wiley & Sons"; los dos registros se vuelven uno solo. Algunos errores de dedo comunes pero difíciles de ver como *Great Britian* y *Untied States* ya no precisan duplicados ficticios. Como resultado de este trabajo se eliminaron alrededor de 600 mil registros redundantes. Y hoy, OCLC depura programas para el control de autoridades que se vuelven más experimentados —por ejemplo, cruzados por vínculos más específicos entre formas separadas del nombre de la misma persona— mientras más trabajan con información nueva. Desde 1990, millones de registros huérfanos se han unido. Obviamente, se han pasado algunas vergüenzas a lo largo del camino: como parte de una rutina de control de autoridades, OCLC alteró globalmente "Madonna" por "María, Virgen bendita, Santa" —un cambio que, antes de corregirse, provocó problemas para las bibliotecas interesadas en catalogar la obra reciente de la señorita Ciccone.

Pero no importa qué tan astutos y exitosos sean los nuevos controles de calidad de OCLC, benefician básicamente a las bibliotecas que aún no convierten sus catálogos. Todavía persisten viejos errores e inconsistencias innumerables, como virus indolentes de computadora, perjudicando la investigación en los catálogos computarizados locales de las primeras bibliotecas que experimentaron la "reconversión". Después de pagar a OCLC millones en cuotas por el uso de su base de datos, hoy las bibliotecas de las universidades tienen que juntar poco a poco el dinero para pagar un programa de con-



trol de autoridades sólo para que su catálogo computarizado cumpla con las tareas mínimas que Charles Cutter esperaba necesariamente de un fichero. La Universidad de Chicago, mientras le paga al departamento de RETROCON de OCLC por convertir sus fichas relacionadas con los clásicos, filosofía y literatura estadounidense —a un costo de alrededor de dos dólares por ficha—, contempla pagarle a Blackwell North America, Inc. por un procesador de datos, 150 mil dólares por lo menos para así supervisar una sola vez el control de autoridades. La Corporación CARL, de Denver, Colorado, cobra cifras de seis dígitos por otorgar la licencia del uso de su control de autoridades a las principales bibliotecas universitarias. Repentinamente, todo esto puede parecer muy poco futurista y triste. Poco futurista porque, según un cálculo, hoy, el costo de la tecnología absorbe cerca del 30 por ciento del presupuesto de la biblioteca estadounidense promedio, obligándola a cortar la adquisición de libros, personal que ofrezca referencias y catalogadores clasificados; y triste porque la tecnología que de hecho compran las bibliotecas resulta ser un programa terapéutico para corregir el picadillo que tecnologías previas hicieron de información alguna vez conservada a salvo en papel.

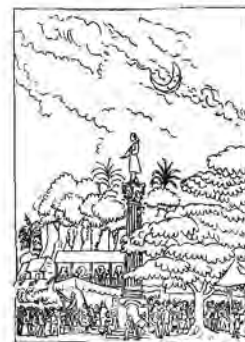
De hecho, lo que ya empezamos a ver, especialmente en las universidades estatales con bajos presupuestos, es una especie de infierno computarizado autoimpuesto, en el que las bibliotecas se ven forzadas a prolongar la contratación de paraprofesionales que conviertan sus enormes ficheros, pues han saqueado su base de datos de papel a tal grado que su integridad es irreparable, y sin embargo, no se pueden dar el lujo de adquirir las constantes novedades mejoradas en computadoras y programas necesarios para el adecuado funcionamiento de su creciente masa de registros computarizados. No pueden regresar y no tienen el dinero para seguir adelante. Pienso, por ejemplo, en la Universidad de California en Berkeley. Berkeley tiene una de las mejores colecciones para la investigación del mundo, y la calidad de su catalogación en los últimos 125 años ha sido excepcionalmente alta. Así, su fichero y su catálogo de colocación estaban llenos de fichas inteligentes, precisas y ricamente detalladas, muchas de las cuales se enviaron al personal de RETROCON de Maureen Finn para su conversión, se devolvieron y se reciclaron. Pero en California, la educación superior está en un grave aprieto, y como resultado Berkeley decidió no pagarle a Maureen Finn por un trabajo de primera de RETROCON. Por alrededor de dos dólares por ficha, Berkeley va a obtener un RETROCON pasadero —mejor que el de Harvard pero aún muy simple. Típicamente, un operador de OCLC toma una ficha de Berkeley, encuentra una pareja en la base de datos lo más rápido que pueda y acepta lo que la base de datos ofrece, sin poder emplear más tiempo en registrar la información suplementaria (o superior) —las notas, las pistas por temas, los registros de posesión— que puede contener la ficha original. “Las pautas de conversión no fueron, debido a la falta de fondos y a la falta de personal, exquisitamente altas”, me dijo una empleada de Berkeley. Porque no puede darse otro lujo, Berkeley —al igual que Harvard, al igual que otros cientos de bibliotecas— le paga a OCLC por no mejorar y a menudo por alterar y mediocrizar sus registros de



material antiguo y fuera de catálogo. “No importa qué tan buena sea la ficha”, dijo la empleada, “la tiras y, en algunos casos, aceptas algo que es inferior”.

El catálogo temático de Berkeley ya desapareció. Aunque más o menos se congeló en la década de los ochenta, no obstante era muy eficiente para cierto tipo de búsquedas: si las fuentes principales del área de uno se publicaron durante los siglos XVIII y XIX, uno no quiere que sus recuperaciones aparezcan regadas entre miles de registros irrelevantes que una tajada de la mecanizada base de datos temática trae a colación. Cualquier cajón de un anticuado fichero representa el equivalente de una búsqueda filtrada en computadora, una búsqueda algebraica muy sofisticada limitada por fechas; de hecho, un cajón representa el resultado de un tipo de búsqueda que la mayoría de los catálogos computarizados no pueden ni podrán hacer, pues ofrece indicios sobre los libros que había en la biblioteca durante épocas diferentes. Si dentro de 70 años un historiador de la ciencia quiere saber si es posible que un profesor de física laureado con el premio Nobel viera y haya sido influenciado por cierta monografía matemática holandesa inaccesible de la década de los treinta que guarda importantes semejanzas con su obra —esto es, si el libro era parte de la colección de la biblioteca durante el periodo en el cual el profesor desarrolló sus ideas o si fue adquirido después de que se publicaron los escritos del profesor (a lo mejor fue adquirido por la biblioteca como una donación de la herencia del profesor porque, de hecho, el profesor recibió la monografía del propio holandés, ansioso por establecer supremacía)—, hoy el historiador de la ciencia tendrá poca oportunidad de encontrar una respuesta a su pregunta, porque el registro de la computadora mostrará la fecha sin sentido de la conversión retrospectiva de la ficha, es decir, algún día de finales de la década de los ochenta o principios de la de los noventa, que no tiene ninguna relación con la época en que la ficha se produjo originalmente —y que el libro se colocó en la estantería—, mientras que la ficha original, aunque no mostrara la fecha directa de su creación, exhibiría características distintivas (estilo mecanográfico, formato, convencionalismos de catalogación) que permitirían a un paleógrafo de fichas de catálogo ubicarla en el margen de un periodo de cinco años.

Entonces, ¿por qué los administradores de bibliotecas ordenaron la destrucción del catálogo temático de Berkeley? ¿Realmente fue sólo para tener espacio para ocho mesas de lectura? Hay que reconocer que ocho mesas de lectura, con las inevitables señales de dibujos obscenos, las declaraciones de amor y los insultos étnicos recíprocos, y pobladas por 30 o 40 estudiantes de Física 101 al final del semestre que suspiran suavemente con sus marcadores puntiagudos y eructan de vez en cuando en plan de broma como alces de gargantas mohosas, es innoble paisaje en una biblioteca. ¿Pero es un intercambio razonable? Cuando los administradores de bibliotecas se quieren deshacer de algo, siempre usan la frase mágica “no hay espacio”, pero éste no es un argumento. Las bibliotecas se están quedando sin espacio desde los primeros barro apisonados de los sumerios, porque las tablillas y rollos y manuscritos y libros y micro-películas y discos de computadora tienden a *ocupar* espacio, y su



cantidad crece inevitablemente. Hay incontables duplicados de viejos libros de texto de las décadas de los sesenta y setenta en los estantes de la mayoría de las bibliotecas universitarias; cada par de meses revistas académicas y científicas inyectan más papel no original al sistema bibliotecario de Berkeley del que contenía su catálogo temático único en su género. Una biblioteca continúa comprando libros y selecciona lo que tira con base en lo que juzga es de valor para los usuarios actuales y futuros de la biblioteca: la necesidad de espacio es simplemente una constante en toda decisión para adquirir o descartar.

Creo que los administradores retiran los ficheros no como el último sino como el primer recurso, porque *los detestan*. Se sienten más limpios, más ligeros, más sanos, más polinsaturados, cuando se va todo ese grueso papel color mantequilla. Se oyó decir a un administrador de Berkeley: “Oh, sólo nos vamos a deshacer de ese basurero de fichas viejas. De todos modos, nadie usa el catálogo temático.” “Resista el impulso de quemar esas viejas fichas”, advierte alegremente un artículo sobre conversión retrospectiva, pues “el personal manifestará síntomas de abstinencia”. Me parece que el impulso de quemar está presente porque los administradores de bibliotecas —con mayor frecuencia hombres que mujeres— quieren seriamente tomar distancia de las asociaciones casi clericales que se relacionan con la bibliotecología tradicional: archivar, mecanografiar, ordenar en estanterías, empastar, rotular. Los administradores creen —acertadamente— que la bibliotecología no ha recibido el respeto que merece. Para ellos, el fichero es un monumento no al intelecto intergeneracional sino a la idea de la humilde bibliotecaria sumisa y apacible de la biblioteca pública tal y como existe en la imaginación popular. El arquetipo, aunque saben que es falso y mezquino, los avergüenza; creen que si se quitan de encima todo ese cartón manchado, podrán definirse a sí mismos como Corredores de Información y Recuperadores Hipertextuales Fuera de Alcance en lugar de la tímida gente libresca con sellos de vencimiento y cajones de madera para las multas en monedas por retraso, con carteles de léale-a-su-hijo sobre sus cabezas y marcadores de libros de febrero-es-el-mes-de-la-historia-negra entre sus dedos. Los que proponen la computarización son a tal grado unos impulsores optimistas del papel potencial de la biblioteca en la sociedad sin papel (una vez, Fred Kilgour escribió que “no tener que ir a la biblioteca es una mejora muy importante en el servicio bibliotecario”, y cuando en una entrevista al final de la carrera se le preguntó si le parecía que había algún lado negativo posible ante la automatización de las bibliotecas, pensó por un momento y contestó: “No puedo pensar en ningún efecto negativo”) que incitan a los administradores de bibliotecas a olvidar —incluso temen eventualmente admitir— que su tarea principal es conservar secos millones de libros usados y prestarlos a la gente. Cuando redefinimos a las bibliotecas como medios en vez de espacios físicos —como conductos de conocimiento en vez de edificios físicos llenos de libros físicos— podemos pensar que la nueva definición, más “visionaria”, más megactualizada, contiene a la antigua definición, pero de hecho no es así: la eliminación de la palabra concreta “libros” de la declaración de principios de la biblioteca es precisamente el acto que

permite a los descarriados administradores manifestar su hostilidad hacia la historia impresa mientras el resto de nosotros duerme.

Una vez más, no sea que nos volvamos confusos y olvidadizos, la función de una gran biblioteca es guardar libros oscuros. Por encima de todo, ésta es la tarea que queremos que desempeñen las bibliotecas: la conservación de libros que no queremos lo suficiente como para poseerlos, libros de muy limitado atractivo, desamparados de preesas como las Notas de Cliffs o citas ubicuas o simple notoriedad. Uno compra un libro cuya presencia anhela al lado de la cama o cuya referencia o valor esnob uno cree que necesitará a lo largo de la vida. Las bibliotecas son depósitos para los libros fuera de catálogo y poco deseados, y por eso su valor es inestimable. El hecho de que la mayoría de los libros de bibliotecas apenas circulen es parte del misterio y poder de las bibliotecas. Los libros están ahí, esperando de época en época a que llegue su momento. Y en el caso de un libro cualquiera, es probable que nunca llegue su momento —pero no tenemos forma de predecirlo, pues no podemos saber lo que una época futura encontrará de interés.

Así es que el valor creciente de cualquier libro de biblioteca, aun de un libro raro y costoso, es muy pequeño. El valor de una enorme colección no se incrementa desmedidamente por la adquisición de alguna intensa monografía descontinuada de 1943 sobre, digamos, diseño de graneros. Y a la inversa, la pérdida de cualquier libro no daña obviamente al todo. Si un operador invierte dos números al transferir de una ficha el número de catalogación de un libro, haciendo que uno busque el libro en un estante donde no está, ¿qué tan terrible puede ser? Los errores de dedo numéricos y de códigos en los catálogos computarizados que (particularmente en nuestra época de estanterías cerradas) resultan en la desaparición absoluta de un libro para el investigador —en su pérdida efectiva, aunque no física, su ubicabilidad total, su hundimiento de la vista—, no pueden forzar afrentas o volverse encabezados de la academia, porque la mayoría de los títulos están en las mentes de no más de cinco o diez personas a la vez. Algunas veces, la única persona que le ha dedicado quince minutos de receptividad y apreciación mental a un libro, fuera de su autor y, con suerte, su editor, es el catalogador de la biblioteca que lo describió para la base de datos de OCLC. Si durante una sola noche desaparecen al azar 100 mil volúmenes de los estantes de una de las principales bibliotecas universitarias, pueden pasar semanas o meses antes de que los alumnos de posgrado comparen sus experiencias confusas entre los estantes y se den cuenta lentamente de que ocurrió algo grande, algo de la naturaleza de *Fahrenheit 451*. Y sin embargo, a pesar de la insignificancia de cualquier espiga de trigo de un libro en relación con el total de las publicaciones fuera de catálogo de Nebraska, demandamos que las bibliotecas ejerzan un cuidado extraordinario para preservar lo efímero que tienen en sus estantes; queremos que se pongan a trabajar inmediatamente microfilmando o digitalizando lo que empieza a desmoronarse; queremos confiar en que cuando pasemos por el torniquete de la entrada de una biblioteca universitaria no nos vaya-



mos a perder demasiado del inspirador conjunto misceláneo de todo lo que se ha hecho o pensado.

Ciertamente, no pensamos que porque un libro pueda esperar una o tres décadas entre un préstamo y otro, la biblioteca tenga necesariamente que sacrificarlo. Y aun si consentimos el sacrificio y perdonamos a la biblioteca que lo ofrezca en una mesa de 25 centavos, es difícil estar de acuerdo en que *todas* las copias de ese libro, en todas las bibliotecas, privadas o públicas, deban ser extirpadas y destruidas. Queremos que el libro siga existiendo en alguna parte, que no se extinga, porque en un futuro ecosistema de conocimiento se le puede dar un uso sorprendente —un uso preventivo, un uso cómico, un uso histórico-cultural. Y, asimismo, imprevistos usos secundarios esperan al libro que toda biblioteca está segura de haber autopublicado. Al estudiar el catálogo de fichas de Haverford, Michael Stuart Freeman, bibliotecario del Haverford College, pudo determinar cuándo sus predecesores desplegaron su primera máquina de escribir (durante el verano de 1916) —probablemente un pequeño dato, pero de suficiente interés para Freeman que publicó un pequeño escrito que abordaba la historia de las máquinas de escribir en las bibliotecas. Freeman guardó varias fichas manuscritas como muestras (“Conservé algunas, porque soy un sentimental”, me confió); pero una vez que satisfizo su curiosidad pasajera, tiró el resto de su fichero.

Teniendo en mente las defunciones masivas y análisis de sistemas, me puse en contacto con Jim Bradley, un analista programador del departamento de Servicios de Computación de la Escuela de Recursos Naturales de Berkeley y autor de una tesis entomológica inconclusa titulada *Computer Tools for Pest Management: A Case Study of the Codling Moth*. Le pregunté sobre la conversión retrospectiva. “En las universidades, la gente obtiene financiamiento si hace algo sexy, y hay una enorme cantidad de gente a cargo del funcionamiento total de las bibliotecas que no son tanto bibliotecarios de referencia como promotores de técnicas modernas sexys”, dijo puntualmente. “La gente que paga las facturas se quiere salir del negocio de la basura. No quieren que las bibliotecas tengan nada *adentro*.” Fulminé ineficazmente el nuevo estrato de errores mecanográficos en los catálogos computarizados, y dio una respuesta que me parece innegable: “yo creo que lo que sucede realmente es que estamos pasando por una corta época oscurantista del garabato mientras pasamos de los registros originales a la forma electrónica. Va a haber esa misma mancha en el registro histórico de nuestra época como la hubo en la Edad Media”.

Deberíamos saber mejor que no nos debemos hacer esto a nosotros mismos. O, si nos hacemos esto a nosotros mismos —hacer un inmenso software ascendente de géneros de una base de datos de papel a una electrónica, porque es inevitable— deberíamos, como buenos administradores de sistemas que somos, tener la prudencia de guardar por alguna parte el viejo software como un respaldo, en caso de que Rev. 2.0 tenga bichos extraños y no cumpla como se le pide. En 1985, Charles Hildreth, un gran nombre en automatización bibliotecaria, dijo en una entrevista que “comparar el [...] fichero con el catá-

logo computarizado es como comparar una bicicleta con una nave espacial; ambos son medios de transporte pero hasta ahí llegan las similitudes". Y la pregunta es: realmente, ¿en qué se quiere usted montar todos los días? ¿Cuál va a tener partes defectuosas? ¿Cuál es más costoso? ¿Cuál es más probable que se adentre sin rumbo por la oscuridad exterior? ¿En cuál preferiría que paseara su alumno de cuarto año? En un estudio sobre alumnos de cuarto, sexto y octavo grados que se realizó en la biblioteca pública de Downers Grove, en Illinois, Leslie Edmonds encontró que el 65 por ciento de las búsquedas de los niños en el fichero eran exitosas, contra sólo un ocho por ciento de sus búsquedas en el catálogo computarizado. Ningún alumno de cuarto año usó exitosamente el catálogo computarizado. Se les pidió que buscaran cosas como "estaciones de bomberos", "insectos-poesía", "pie de pulpo" y "la maldición de la figurilla azul".

Y los mayores tienen también problemas. Hay muchas maneras de desviarse si para un libro uno tiene que llegar tecleando hasta el número de catalogación, en vez de poder hojear fichas en silencio hasta llegar a uno. En 1984, Jean Dickson, en *An Analysis of User Errors in Searching on Online Catalog*, encontró que los usuarios del catálogo LUIS de la Universidad de Northwestern fallaban el 39.5 por ciento de las veces al teclear en una terminal un título de manera que les ofreciera el registro de algo que realmente existía en la base de datos. Dickson menciona que una manera de teclear el acceso es mediante "expresiones de frustración" tales como "¡bleahh!" y "¡odio esta computadora!" y varias obscenidades.

Bajo el encabezado temático de "¡bleahh!" se puede aducir el Problema de Errores Mecanográficos Acelerados. Primero, uno teclea un nombre y no obtiene ningún registro. Uno piensa, ¿soy yo, o es que la biblioteca no tiene nada por este autor? Uno mira lo que tecleó. No hay errores obvios. Uno vuelve a intentar de diferentes maneras. ¿Será posible que esta biblioteca no tenga nada por este autor? Uno tiene que decidir si el problema es que uno dio un comando equivocado, o es cuestión de un error mecanográfico difícil de detectar, o una variante del nombre del escritor. Algunos catálogos computarizados requieren de una "A" como el comando para búsqueda por autor, algunos "A=", algunos "FI PA" (para Autor Personal), otros "FI PN" (para "Nombre Personal"), otros "FIAU", "AUT" o un número de un menú. Algunas pantallas responden tan pronto como uno tecleó la letra mágica; otros quieren que uno presione *return* para transmitir el comando. Es como si uno se encaminara a un fichero que no ha usado por un tiempo y no estuviera seguro de si, para abrir el cajón, hay que jalar la manija del cajón, empujar la manija del cajón, girar la punta de latón de los rieles, o tirarse dos pedos y cantar *God Bless America* con un falsete ronco. El enojo crece. Ya uno olvidó si ya intentó alguna variante, porque los intentos previos desaparecieron de la pantalla. Con el enojo el tecleado se empobrece. Es difícil saberlo, pero finalmente se da con el comando adecuado y la forma correcta del nombre—sólo que ahora uno ya está tan acelerado que a cada rato comete errores mecanográficos básicos. Finalmente, todo se gelatiniza y uno obtiene 123 REGISTROS RECUPERADOS POR SU BÚSQUEDA, y después uno aprende, para mayor congoja, lo extremadamente largo que resulta repasar los



registros aparentemente poco numerosos —“con tocar simplemente un botón”—, golpeando Enter, Enter, Enter o M,M,M o F,F,F.

Y si uno insiste en hacer una búsqueda temática en el catálogo computarizado, hay que prepararse para verdaderas incertidumbres y esperanzas frustradas y rollos de pantalla de un tedio profundo. El gran impulso tecnológico durante la primera etapa de desarrollo de los catálogos computarizados fue la búsqueda de “artículo conocido”, en parte porque algunos estudios sobre la utilización de los ficheros indicaban que los usuarios de las bibliotecas no hacen tantas pesquisas temáticas. Se pensaba que la mayoría de nosotros llega a la biblioteca con un autor o un título específico en la mente. En una encuesta monumental de un año publicada en 1970, Ben-Ami Lipetz y sus asistentes de investigación abordaron a 2,134 peatones en el área de los ficheros de la Biblioteca Sterling Memorial de Yale, tablilla en mano y preguntaban cortésmente: “por favor, dígame exactamente qué iba a buscar en el catálogo en el momento que lo interrumpí.” El 84 por ciento tenía en mente un título o un autor o una meta bibliográfica específica, y sólo un 16 por ciento estaba interesado en hojear una serie de fichas temáticas. Al menos, esto es lo que los encuestados *dijeron*. De alguna manera, las búsquedas temáticas son vergonzosas, especialmente si uno es estudiante de posgrado, y un estudiante de posgrado en Yale (según la encuesta, los estudiantes de posgrado de Yale usaban más el fichero que los de licenciatura, y el profesorado lo usaba menos): suena mejor decir que uno quiere echar un segundo vistazo a unas manchas curiosas de láudano en las páginas en blanco del *Catalogi veteres librorum Ecclesiae Cathedralis Dunelm* de la Sociedad Surtees, que decir que uno tiene que buscar rápidamente algunos números de catalogación para una bola de libros bajo el encabezado de “feudalismo”. Las búsquedas temáticas son confesiones obvias de ignorancia; las búsquedas de autor y título no lo son, o no lo son tan abiertamente.

Sin embargo, con la aparición de los catálogos computarizados es posible conocer las búsquedas de los usuarios sin necesidad de entrevistas, por medio de las bitácoras de transacciones de la computadora. E investigadoras como Pauline Atherton Cochrane, de la Universidad de Syracuse, encontraron que la gente estaba *muy* interesada en búsquedas temáticas. Posiblemente, hoy más interesados porque suponían (erróneamente) que para referencias cruzadas sería mucho mejor la computadora que los ficheros. Tristemente, los catálogos computarizados son pésimos en búsquedas temáticas; su nivel de ruido, en sentido informático, es increíble. Los ficheros no mezclan alfabéticamente los innumerables títulos sobre “labor” en sentido médico y “labor” en el sentido de la AFL-CIO [American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations]; los catálogos computarizados que he visto no lo pueden evitar. Los catálogos de fichas tampoco amontonan los subtítulos sobre control de tráfico en Alejandría, Virginia, con los de la desaparecida biblioteca de Alejandría, Egipto. La ficha de “véase también” al principio de una serie de anotaciones temáticas en un catálogo de fichas no lo botaba a uno de sopetón hacia otra parte del catálogo, abandonándolo a uno ahí; solamente sugería que uno podía querer ampliar su búsqueda en direcciones diversas si donde estaba uno no encontra-

ba suficiente. Todavía no hay un equivalente en los catálogos computarizados, ni tampoco hay un equivalente a las fichas guías —las que sobresalen del resto con encabezados mecanografiados— que constituyen una especie de relajado bosquejo de conocimiento incorporado en los cajones, y que ayudan a que uno no pierda el rumbo. Los ficheros son “precoordinados”, mientras que los catálogos computarizados son “poscoordinados”, lo que significa que el desciframiento de la organización del universo temático se ha trasladado de las fichas a uno, el usuario, que ahora tiene que dominar destrezas algebraicas y *no* trucos de operador y teclado y movimientos de canchero a través de números de clasificación adyacentes tan sólo para bloquear avalanchas de datos irrelevantes.

No dudo que todo mejorará. Eso es lo maravilloso de los programas: se mejoran. Pronto será posible buscar grandes temas como la Biblia o Cine o la Mafia o Contaminación de una manera productiva, como lo podíamos hacer antes, en lugar de desesperarnos al recibir un mensaje que dice “Su búsqueda recuperó 1,028 registros”. Hay que recordar que mil registros sólo son poco más de los que hay en un cajón de fichas. Mis dedos podían hacer arpegios a lo Liszt sobre las fichas, los dedos de la mano delantera alimentando a la mano trasera con montones de fichas, escaneando, desechando, reponiendo, en uno o dos minutos. Pero en la computadora, mil registros significa muerte al instante. “Estudios sobre los usos y los usuarios de catálogos computarizados revelan un par de problemas que hoy parecen endémicos en los sistemas de catálogos computarizados”, escribió en 1991 Ray Larson, profesor de la escuela de biblioteconomía de Berkeley —o, como hoy se le llama, la Escuela de Administración y Sistemas de Información—, y añadió concluyentemente:

Éstos son: (1) un amplio porcentaje de búsquedas temáticas fracasan en recuperar algún registro bibliográfico; y (2) cuando las búsquedas temáticas tienen éxito en recuperar registros, frecuentemente recuperan demasiado material para que el usuario lo pueda evaluar eficazmente.

Larson cita un estudio previo suyo en el que encontró que el promedio de registros recuperados a través de los catálogos computarizados era de 77.5, mientras que el promedio de registros a los que los usuarios realmente le echaban un ojo era de 9.1. El “punto inútil” en las búsquedas computarizadas —el punto en el que uno se da por vencido y se va con lo que tiene— es, por fatiga de pantalla y letargo en la respuesta del sistema, mucho más bajo que en las búsquedas de ficheros. Como resultado, la vivacidad de la mente sufre.

Se puede argumentar que no le ocurre lo mismo a los usuarios experimentados en catálogos computarizados —los que han desarrollado una sensibilidad para los encabezados temáticos de la Biblioteca del Congreso y muy probablemente tengan junto a su teclado los hoy indispensables cuatro volúmenes de *Library of Congress Subject Headings*—, pero en este caso se debe a que, como lo señala claramente el profesor Larson, “parte de la experiencia adquirida por ‘usuarios experimentados’ proviene de búsquedas fracasadas fre-



cuentes y sobrecarga de información al hacer una búsqueda temática". Larson llega a decir que los catálogos computarizados "efectivamente, dirigen un programa de 'condicionamiento de aversión operante' contra la búsqueda temática por los usuarios". De hecho, uno podría parafrasear exageradamente a Larson al plantear la hipótesis de que los catálogos computarizados fortalecen la tendencia hacia la hiperespecialización académica insensata, pues todo intento de aventurarse en áreas en las que uno es neófito, usando la herramienta básica de la biblioteca, es recibido con el penetrante choque eléctrico que amenaza con una BÚSQUEDA LARGA. Sin duda, hoy es más cierto que nunca que si uno quiere que su obra académica se lea, más vale encontrar la forma de maniobrarla hasta las primeras letras del alfabeto, porque en las computadoras nadie pasa de la "G" y la "H".

Los ingenieros de sistemas son gente lista y adaptable. Ellos, a diferencia de la mayoría de nosotros, rápidamente han sacado provecho de sus errores. Hemos dado un salto hacia adelante, digamos, del catálogo computarizado de la biblioteca de la Universidad de Toronto a finales de los años setenta, que ofrecía un programa para reubicar la palabra "Sir" al principio de la entrada de un nombre en el final: el programa no movía únicamente todos los "Sir" que estaban solos, sino que concedía una nobleza involuntaria a escritores como Ernest Sirluck —profesor de la Universidad de Toronto en esa época y un editor, entre otras cosas, de la *Areopagitica* de Milton—, volviéndolo "Luck, Ernest Sir". A partir de cualquier momento, la recuperación de información se volverá una experiencia nueva y sorprendente: "Por primera vez, el usuario del catálogo se verá libre de la tiranía de la secuencia lineal de la A a la Z y del 0 al 9", escribe contundentemente Michael Gorman en una antología titulada *Closing the Catalog*. Parece prometer, y desear, que nos liberaremos de nuestra prisión de letras. Con la visión de lo que Gorman llama la "Nueva Jerusalén" del catálogo computarizado, puedo fantasear con uno que incluyera un componente de envejecimiento y decoloramiento, de tal forma que mientras más antiguo fuera el registro de una base de datos, más amarilla —o más rosada o más azul marino— estaría la pantalla en las esquinas, ofreciéndonos así alguna de las informaciones secundarias instantáneas que hoy nos ofrecen las fichas. Los paquetes de procesadores de palabras también se beneficiarían con lo que se podría llamar servicios de AGE y OLD —para *Advance Geriatric Engine* y *Optional Latent Dogearing*, respectivamente—. Y a medida que se repitieran las solicitudes de determinado registro bibliográfico en la base de datos, se oscurecería la acumulación de mugre en el margen superior —aunque desde luego, no tan oscuro que interfiriera con su legibilidad, y cada décima recuperación podría eliminar una mancha de mugre en vez de añadir otra, pues el manoseo también gasta depósitos previos. Al gesticular como Shivas de sillón con nuestras manoplas cibernéticas, será posible recorrer cuartos mentales llenos de representaciones tridimensionales de ficheros, y así podremos tener algún juicio intuitivo sobre el tamaño de la colección que interrogamos, tal como hoy sucede cuando entramos al vestíbulo de una biblioteca que no habíamos visitado antes y medimos sus hile-

ras de ficheros; habrá maneras de mantener nuestro sentido de ubicación en la base de datos, como hoy lo hacemos por los rótulos en cajones y ficheros, mediante las fichas guías y por medio de nuestra percepción inconsciente de la ubicación de los baños y las mesas de consulta; tendremos pantallas cuya resolución será el equivalente a las fichas impresas de la Biblioteca del Congreso, o incluso de fichas manuscritas; será posible ver cinco o seis registros a la vez, y avanzar y retroceder entre 826 grupos de unidades de registros recuperados a los ritmos y estilos con que hoy barajamos papel semiflexible. Todo esto y más será nuestro en un futuro próximo. Pero todavía no lo es; y hace casi quince años, Michael Gorman y sus colegas presagiaban en *Closing the Catalog* las maneras mediante las cuales las técnicas computarizadas liberarían a la recuperación de información de las diversas tiranías alfanuméricas. Hoy, si tomo un banco frente a una pantalla del MELVYL de la Universidad de California y tecleo, por ejemplo, *BROWSE SU CENSORSHIP* (que significa "Por favor, muéstreme los títulos temáticos relacionados con Censura"), esto es lo que obtengo:

BÚSQUEDA LARGA: Su búsqueda consiste en una o más palabras muy comunes, que recuperará más de 800 títulos y llevará mucho tiempo completar. Las búsquedas largas vuelven el sistema más lento para todos los que están en el catálogo y con frecuencia no producen resultados útiles. Por favor, teclee AYUDA o consulte a un bibliotecario de referencias para que lo asesore.

Si tecleo *Bro Su Rome-History* obtengo la misma cosa. Y también, si tengo curiosidad sobre "Contaminación ambiental" o "Control de la natalidad" o "Filosofía de la historia" o "Historia de la filosofía" o "Biblia-Historia", o incluso "Almacenamiento y recuperación de información". Si necesito algunos libros sobre "Lingüística" o "Folklore" y le pregunto a MELVYL qué tiene, y lo hago en horas normales de trabajo, obtengo un mensaje ligeramente distinto:

RESTRICCIÓN DE SOBRECARGA: Su búsqueda consiste en una palabra común que recuperará más de 6,400 títulos y volverá el sistema lento. Durante los periodos de sobrecarga, su búsqueda no puede ser completada. Puede volver a emitir su búsqueda para hacerla más específica, o vuelva a intentar durante la tarde o temprano en la mañana.

Ninguno de estos encabezados merece un desaire del sistema. Todos ellos son maneras razonables de empezar una búsqueda —una búsqueda que los que tenemos ensayos de investigación o tesis o meras diatribas ensayísticas podríamos querer iniciar precisamente en los próximos días, no dentro de dos o cinco años cuando el catálogo computarizado se haya perfeccionado al grado que pueda dar cabida cómodamente a este tipo de consultas. Si ya hay en la biblioteca una gran máquina de madera capaz de orientarnos en varias direcciones sin llamarnos usuarios de palabras "comunes" e hiriendo nuestra sensibilidad, tal vez deberíamos de conservarla. El



hecho de que el fichero ya no sea la primera parada obligatoria durante una visita a la biblioteca no debe ser motivo para sentenciarlo a muerte. Si en meses nadie lo usa, métenlo en el ala de libros raros, o secuéstrenlo en un sótano al que nadie visita, arrinconado humildemente entre los estantes de la Z —la Z es la letra en la que se clasifican la bibliografía y ciencias bibliotecarias—, como la obsoleta pala de vapor de Mike Mulligan. O se puede arrinconar en la sala de referencias (una hilera de ficheros encima de la otra para machihembrarlos, la estructura completa festoneada con advertencias de que su información no está actualizada), donde acumulará exactamente la misma cantidad de polvo que otros anticuados catálogos de biblioteca grandes y útiles: el de Cutter, o el *Catálogo general de libros impresos* del Museo Británico, o el magnífico muro verde chícharo y dorado de los 756 volúmenes del *National Union Catalog, Pre-1956 Imprints*.

Todavía hay algunos bibliotecarios que hacen lo posible por salvar los ficheros bajo su custodia. La bibliotecaria de la pequeña biblioteca de la Escuela de Biblioteconomía de Berkeley, Patricia Vanderberg, guarda sus dos ficheros en una estantería, fuera del alcance del ojo administrativo, pero los *ha conservado*. Fueron editados por una bibliotecaria hoy retirada llamada Virginia Pratt. La señorita Pratt “le hizo algunas cosas especiales a ese catálogo”, me dijo Patricia Vanderberg. Sin embargo, la universidad, que en estos días pasa por un estado de ánimo autoaniquilador, piensa fusionar la biblioteca de la Escuela de Biblioteconomía con la biblioteca principal, y antes de la fusión habrá una selección estricta; es casi seguro que se tire el fichero. Pero mientras tanto, si alguna tarde usted se encontrara deprimido por las transformaciones en proceso y se diera una vuelta por los ficheros de la biblioteca de la Escuela de Biblioteconomía, podría recuperar su estado de ánimo al contemplar un catálogo temático sin daño, sin faltantes, completamente operativo —aunque esté congelado.

Lo componen cincuenta cajones. Están hechos de madera clara. Jale uno de los cajones de la C, el que está rotulado “Catálogos”. Aquí hay varias fichas guía: una para “Catálogos”, una para “Censura”, una para “Literatura Infantil”. Antes de leer o tocar una sola ficha, ya aprendió algo importante sobre la biblioteca de la Escuela de Biblioteconomía, y posiblemente sobre la bibliotecología en general: las orillas de las fichas que siguen a las fichas guía sobre “Censura” y “Literatura Infantil” se han oscurecido por el manoseo, en tanto no sucede lo mismo con las fichas que siguen a la de “Catálogos”. Por lo tanto, a través de los años, los temas de “Censura” y “Literatura Infantil” han sido de mayor interés para los estudiantes de la Escuela de Biblioteconomía que el de “Catálogos”. Esto es una sorpresa —al menos fue una sorpresa para mí. Tal vez éste sea uno de los motivos de la situación que hoy prevalece.

Y de golpe uno comprende, al mirar estas bandas de mugre, que hasta las bibliotecas como Harvard y la biblioteca pública de Nueva York y Cornell, que microfilmaron o digitalizaron algunas de sus fichas antes de destruirlas, han perdido —al no lograr capturar la información que reflejan las orillas de las fichas— algo de interés

verdadero, algo evidentemente estudiado. Quién sabe qué podría encontrar un diligente investigador que fotografiara con una cámara de alto contraste —desde lo alto, con un tripié— cada uno de los apretados cajones del fichero de Widener en Harvard, ¿correlacionaría sus registros de la franja de mugre espectrográfica con los autores que, como grupos distintivos, exhibieran algún oscurecimiento? Desde luego que las fichas de “Kinsey” estarían completamente franjeadas de mugre pero ¿cuáles otras? Ésta es, o fue, una serie acumulativa de apreciación académica sobre temas en la Harvard del siglo XX, que es posible sea más representativa que cualquier otro tipo de encuesta que tengamos. En vez de desechar su catálogo, Harvard debió persuadir a algún alumno rico para que fundara una cátedra de estudios sobre franjas de mugre.

Sin embargo, si —de vuelta en la biblioteca de la Escuela de Biblioteconomía de Berkeley— uno echa un vistazo a los grandes temas en el catálogo temático que sobrevive, temas más populares que el de “Catálogos”, y pasa la ficha guía sobre “Censura” hacia adelante, notará que Virginia Pratt preparó algún material provechoso sobre “véase también”, mecanografiado con cinta roja en diferentes modelos de máquinas de escribir:

Censura
VÉASE TAMBIÉN
Bibliotecas-Censura
Libertad de prensa
Libros expurgados
Libros prohibidos
Libros condenados
Libros y lectura para jóvenes-Censura
Información gubernamental
Niños-Libros y Lectura-Censura
Quema de libros
Pornografía

Le sigue una segunda ficha, todavía en rojo:

Censura (continúa)
VÉASE TAMBIÉN
Libertad de información
Materiales audiovisuales-Censura
Bibliotecas-[Nombre del lugar]-Censura
Adultos jóvenes-Libros y lectura-Censura
Libros de texto-Censura
Bibliotecas escolares-Censura

Y después dice en negro:

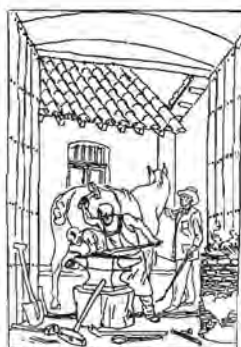
Para material adicional sobre este tema véase:
Archivo vertical: Libertad intelectual

MELVYL recuperará todos los encabezados temáticos de esta provechosa lista que contengan la palabra “Censura”, porque eso es



lo que hace mecánicamente, pero no ofrecerá ninguno de los otros encabezados, pues su acceso depende de la relación que perciba entre dos conceptos categóricos y no entre secuencias de frases memorizadas. Como resultado consiguiente, una vez que se deseche este catálogo temático, la *Areopagítica*, una obra brillante y de una sintaxis ocasional impenetrable que protesta contra el acta 1643 del Parlamento que exigía el decomiso de libros y panfletos “escandalosos, no autorizados e injustificables” —indudablemente, una obra de cierta importancia para la historia de la censura política— no llamará la atención, porque en el catálogo computarizado aparece bajo los encabezados de “Libertad de prensa” e “Inmunidad de prensa” y no bajo “Censura”, de los estudiantes de la Escuela de Biblioteconomía o de cualquier otro interesado en escribir un ensayo sobre el tema.

De igual manera, la ficha de “véase también” que Virginia Pratt escribió para la “Literatura infantil”, registra 16 sensibles referencias cruzadas, con indicaciones sobre “cuentos de hadas”, “narración de cuentos”, “biblioterapia” y “literatura juvenil”; MELVYL, por otro lado, ofrece una lista inmanejable e indiscriminada de 745 encabezados temáticos, entre los cuales no aparece *ninguna* referencia a “cuentos de hadas” o “narración de cuentos” —aunque MELVYL, si uno pregunta, refrescará cortésmente la pantalla con otra lista desordenada de 306 encabezados temáticos para “cuentos de hadas”. El catálogo de fichas de la señorita Pratt es bueno, es inteligente, sabe lo que tenemos que saber: quiere ayudarnos a ser mejores bibliotecarios. Antes de tirarlo a la basura, y en su lugar obligar a los estudiantes a depender de los encabezados temáticos comprados a granel a bases de datos mancomunadas que se han editado no por personas sino por rutinas interactivas de sistemas, sería conveniente leer un poco de *Areopagítica*, ya que las fichas tuvieron la amabilidad de referirnos a ella.



Por lo tanto, debemos ser cautelosos con las persecuciones que instiguemos en contra de las obras contemporáneas de los hombres públicos, de la manera como divulguemos esa plenitud de la vida del hombre conservada y resguardada en los libros; pues vemos que es posible cometer cierto tipo de homicidio, algunas veces un martirio, y si se extiende a todo lo editado, cierto tipo de masacre, con lo cual el resultado de la ejecución no es la muerte de una vida elemental sino un golpe sobre esa etérea y quintaesencia, el aliento de la razón en sí misma, mata a una inmortalidad y no a una vida.

No es caprichoso y extremoso decir que hoy en las bibliotecas se está cometiendo una “especie de masacre”. Al exuberante reciclamiento de las mismas fichas se suma la pérdida azarosa de miles de libros como resultado de los errores cometidos por los empleados dedicados a desarmar cada fichero, a seleccionar y empacar y rotular sus fichas, y a su conversión masiva en forma mecanolegible —una especie de quema de libros incidental sin flamas y muchedumbre y, lo más extraño de todo, sin motivos. Si una gran biblioteca de investigación, en el proceso de convertir dos millones de fichas, pierde

la pista de una décima parte de un uno por ciento de ellas, digamos, y trunca nuestro acceso a dos mil libros que no ofenden a nadie, sólo podremos mover la cabeza perplejamente atónitos. “Algunas cosas —esto es, fichas— que no se convirtieron, se tiraron a la basura, pero, usted sabe, ésa es la naturaleza de la vida”, me dijo Judith Brugger, de Cornell; y todos los catalogadores y empleados de servicios técnicos a los que les pregunté, admitieron que ahora hay libros en su biblioteca que, debido a errores de una u otra naturaleza, no están en el catálogo computarizado que se supone ayuda a localizarlos. O *existe* un registro en el catálogo computarizado, pero el libro no se localiza en el estante donde la computadora indica. Bárbara Strauss, anteriormente de OCLC, me dijo que las fallas en los catálogos computarizados han creado una clase completamente nueva de especialistas en desubicaciones en el ámbito doméstico: gente que, al igual que los editores de manuscritos apócrifos o de las primeras ediciones de Shakespeare, tienen la capacidad de adivinar, a partir del registro en la computadora, el tipo de errores que impiden el acceso al texto y, por consiguiente, en qué parte de la estantería pueden empezar a buscar los libros fantasmas que saben que poseen pero que simplemente no encuentran.

La situación actual ofrece algunos indicios de esperanza. Cuando hablé con Judith Brugger, de Cornell, me pareció que estaba a punto de reconocer que el fichero de su propia universidad —cuyo brutal desmembramiento se hizo de manera acelerada— merecía ser eximido. La señorita Brugger tiene títulos académicos en ruso e inglés lo mismo que en biblioteconomía, es capaz de hacer una referencia casual a Derrida y tiene muchas ideas sobre las modificaciones que se le deben hacer a las reglas angloestadunidenses de catalogación para que los bibliotecarios se aventuren a catalogar el Internet, que lo necesita con urgencia. Brugger me sorprendió dos veces al usar la expresión “forma de arte” para referirse a los ficheros, algo que nadie más había hecho. Y mencionó, como ejemplo, el fichero de la Biblioteca del Congreso, tan “castaño y hermoso y redondo” que podría “hacerte llorar”. Habló respetuosamente del pequeño fichero en la Keats-Shelley Memorial House en Roma, que es “exquisita y perfectamente específico y completamente comprensible”. Brugger llegó a conservar algunas fichas manuscritas como recuerdo de un empleo anterior. Sin embargo, sobre las fichas de su propia biblioteca asombrosamente sólo dijo, “Hay que quemarlas”. Según ella, Cornell tiene lo que se puede considerar “el conejito de peluche de los ficheros”. Tiene *estantes dispares*. Tiene *cajones rotos*. Es *inexacto*.

¿No se podría sugerir, pregunté, que durante los próximos cincuenta años se conservaran curiosidades? ¿No habría modo de que los futuros historiadores pudieran deducir conocimientos inesperados sobre la vida y el pensamiento y las taxonomías mentales imperantes, al analizar las maneras que alguna vez usó Cornell para clasificar libros y las revisiones de sus clasificaciones a través del tiempo? “No vemos ningún valor para la investigación en las arcaicas prácticas de la ficha —me dijo la señorita Brugger. Lo que hoy está de moda son estudios sobre los usuarios, no particularmente sobre las estrategias para registrar la información.” (Unos días después, Brugger me llamó para estar segura de que yo había entendido que ella



expresaba su opinión personal, no la de Cornell que, parece, no tiene una política oficial sobre su fichero; aunque es difícil encontrar la manera de explicar un basurero como una bodega neutral.)

Pero cuando la señorita Brugger dijo que lo que hoy estaba de moda eran los estudios sobre usuarios, creí escuchar su titubeo: Caray, pareció pensar, ¿quizá los estudios sobre usuarios no serán *siempre* lo de moda? ¿Quizá en 25 años, las estrategias de bases de datos de papel estén muy de moda? Sin embargo, lo que yo tomé como una señal verdaderamente esperanzadora fue la metáfora inesperada de la señorita Brugger: el fichero de Cornell equivale al conejito de peluche. El héroe abatido, manchado y relleno de aserrín del libro para niños de Margery Williams es una figura que despier-ta *simpatía*, que se vuelve máspreciado e indispensable para su dueño a medida que su piel se desgasta y su cola se descose y sus ojos de botón pierden su brillo. El único modo de volver "real" una pertenencia, un juguete, explica el caballo al conejito de peluche, es que se le quiera:

Generalmente, para cuando eres real, los apapachos te han hecho perder casi todo tu pelo, y tus ojos se han caído y tus coyunturas se han aflojado y estás todo raído. Pero estas cosas no importan para nada, porque una vez que eres real no puedes ser feo, excepto para la gente que no entiende.

Cuando el niño se enferma de escarlatina y el doctor le ordena al jardinero que queme al raído e infesto conejito de peluche, el conejito de peluche se entristece y derrama una lágrima sobre la tierra. De la lágrima crece una flor, y del botón de la flor aparece un hada madrina que salva al conejito de peluche de la hoguera al convertirlo en un conejo de verdad. Es posible que ésta sea una historia tonta, pero como una alegoría del fichero funciona bastante bien. Va más o menos así. El Usuario ama tanto a su Fichero de Peluche que empieza a mostrar síntomas de deterioro: cajones rotos, estantes desaparecidos, encabezados temáticos desactualizados, fichas deterioradas. El Usuario se enferma financieramente y no le es posible vigilar al Fichero de Peluche. Un Doctor de Servicios Técnicos ordena quemar el Fichero de Peluche para bien del Usuario y sustituirlo por un nuevo juguete de referencia más antiséptico. En espera de su destino, el Fichero de Peluche deja caer un cajón del que florece un salvador, que lo ayuda a escapar hacia los estantes al transformarlo de un catálogo Real en una forma artística aún más Real. Un momento de reflexión sugiere que Judith Brugger se ve secretamente a sí misma —aun sin ella saberlo— no como el verdugo desalmado de las fichas de Cornell sino como su salvador.

Y es algo bueno también, pues aun los que no son de Cornell podrán recordar a un eminente y particularmente informado usuario del catálogo de Cornell durante sus días de gloria: Vladimir Nabokov. Regularmente, allá por los años cuarenta y cincuenta, Nabokov y su amigo ficticio, Timofey Pnin, apartaban del "seno comprensible de un fichero" el pesado cajón de fichas sobre literatura eslava, y sobre las alas de un centenar de referencias cruzadas mecanoescritas que se extendían en el tiempo y el espacio, cruzaban el océano irrelevant-

te y durante una o dos horas volvían a la verde y mítica Rusia prerrevolucionaria, habitada por prominentes personajes desaparecidos como Kostromskoy, Zhukovski y Aleksandr Pushkin. Las mismas fichas que Nabokov volteó y examinó mientras trabajaba en su traducción de *Eugene Onegin* permanecen, hasta donde sé, en su lugar en el fichero ruín y gentil de Cornell. Un buen consejo para la biblioteca sería que lo conservara *in situ*.

Pero el verdadero motivo para conservar los ficheros es simplemente que contienen la inteligencia insustituible de los bibliotecarios que trabajaron en ellos. Kathryn Luther Henderson, profesora de la Escuela de Biblioteconomía de la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, me dijo: "He hecho catálogos de los que me siento muy orgullosa, o he participado en su elaboración." El trabajo de Kathryn Henderson y Virginia Pratt, y el de todas aquellas personas que se pasaban todos los días de la semana pensando en las interrelaciones de los libros a su alrededor, merece elogios y admiración, no un recorte tajante. "Tiene que pasar una generación antes de que seamos conscientes de lo que hemos hecho", dijo la profesora Henderson. Cuando hablé con ella, me dijo que tenía una fichas que se hicieron, según creía, en los años cincuenta del siglo pasado para el catálogo de Harvard. "Si alguien entrara a mi oficina y yo no estuviera, probablemente las tirarían a la basura", me dijo.

También hay otros grandes atesoradores de fichas. Uno de los operadores de Maureen Finn en OCLC trabajó en la conversión retrospectiva de partes de un catálogo de la Universidad de Washington. La universidad no quería que se le devolvieran las fichas; querían que OCLC las desechara en el mismo lugar. Pero a este operador (demasiado reticente para consentir una entrevista conmigo) no le gustó la idea. Aparentemente, vio con cuidado las palabras en esas fichas; llegó a comprenderlas. Este operador, según Maureen Finn, hoy conserva en su departamento partes del fichero de la Universidad de Washington.

Pero de todos, el más grande y heroico atesorador de fichas es Tom Johnston. El señor Johnston es el pintor y artista conceptual que recibe, simplemente porque las pidió, miles de fichas de la Biblioteca Widener de Harvard. Los verdaderos tesoros, en cierto sentido, del hoy incoherente catálogo de Widener son o serán suyos, pues actualmente se le envían las fichas que representan, en parte, libros escasamente solicitados que la biblioteca va a reubicar. En octubre me puse en contacto con el señor Johnston en un teléfono en Francia, y le pregunté qué pensaba hacer con las fichas. Iba a pasar varios meses en un enorme castillo vacío en la región de Saumerne; sin embargo, las piezas del catálogo de Widener llegaban regularmente (para consternación de su secretaria) al Departamento de Arte de la Universidad de Western Washington, donde da clases el señor Johnston. Desde luego que podía, me dijo, pedir que se las enviaran a Francia y tapizar los cuartos del Château Suduiraut con ellas, o cavar una zanja de una millá de largo y enterrarlas ahí, pero como buena parte del arte contemporáneo destruye las cosas, él ha decidido que no está interesado, esta vez, en la destrucción para fines artísticos. Sin embargo, de alguna manera quiere "llevarlas ante el público". Hay un museo precioso en Bordeaux; ha pensado



hacer una propuesta para crear con las fichas una instalación conceptual “verdaderamente agradable”.

El señor Johnston todavía no decide el tipo de instalación que le gustaría. (Tiene las fichas, pero Harvard, con su fino sentido del valor relativo, conservó los ficheros.) En la obra de Johnston es frecuente el trabajo con temas bibliográficos: hizo, por ejemplo, una serie de grandes pinturas geométricas que se colgaron por pares. “Si se les observa de cierta manera, se puede ver un libro”, me dijo. Recientemente, solicitó muestras de cabello entre personas conocidas y desconocidas —mechones, trenzas y bucles— y las pegó sobre una selección de páginas de la edición de Gallimard sobre *L'Étranger* de Camus. (El libro todavía se cierra, pero no completamente.) Cuando una de las cajas de la “C” llegó de Harvard, poco antes de que Johnston se fuera a Francia, buscó las fichas sobre Camus. “No las detiene ninguna varilla. Sólo sacas la ficha, la lees, la volteas, algunas veces hay notas al reverso...” Sin embargo, no pegará mechones de cabellos sobre las fichas de Camus debido a su voto de no hacer daño. Johnston es egresado de la Universidad de California en Santa Bárbara. (Casualmente, a finales del verano pasado UCSB terminó de desechar su catálogo principal.) Las fichas de Harvard vienen empacadas en viejos volantes de los empleados de RETROCON en OCLC que anuncian juegos de softball, cenas informales y concursos de aviones de papel, y como buen anticuario que es, Johnston también conserva estos comunicados arrugados.

Johnston contempla la posibilidad de invitar a artistas e intelectuales internacionales para que envíen sus ideas sobre el uso que se debe dar a esta colección razonablemente grande. Aunque está contento de tenerla —“piense en toda la gente que ha tocado esas fichas”— le preocupa el espacio que va a ocupar eventualmente en su estudio, el desorden de los cientos de cajas, si se volverá loco por asumir esta responsabilidad y el costo sustancial del correo que él, en lugar de Harvard, sufraga voluntariamente. “Creo que les debo dinero”, dijo. Johnston se pregunta cuál será la reacción cuando el mundo se entere de lo que hoy posee legalmente. Es posible que de repente Harvard decida que extraña esta gran muestra fundamental de su historia convenientemente empacada y la quiera de vuelta. “Eso también estaría bien”, dijo el señor Johnston.

De hecho, es probable que la obra de arte conceptual más arriesgada y provocadora que cualquiera pudiera crear con este material encontrado sea el fichero original, encerrado en sus propios estantes, sentado apaciblemente en alguna parte de la biblioteca que alguna vez describió.